

REVISTA EUROPEA

NÚM. 284.

3 DE AGOSTO DE 1879.

AÑO VI.

LA PSICOLOGÍA FISIOLÓGICA

I

Si hace treinta años se hubiera atrevido alguno á sostener que la psicología se hallaba aún en la infancia y poco dispuesta á salir de ella, se le hubiese acusado de paradójico. Se habria aconsejado al crítico que volviese á leer los escritos consagrados desde Locke á las diversas manifestaciones del espíritu humano, y la respuesta se hubiera juzgado suficiente.

Hoy no lo sería ya para todo el mundo. El punto de vista ha cambiado, y muchos se hallan inclinados á pensar de distinto modo. Reconociendo, como es justo, que los antiguos psicólogos han prestado servicios, establecido definitivamente algunos puntos, demostrado en el análisis una penetración y una delicadeza difíciles de superar, se rehúsa ver en todo esto algo más que ensayos. El nuevo espíritu de las ciencias naturales ha invadido la psicología y la ha hecho más difícil. Se ha preguntado si un conjunto de notas ingeniosas, de finos análisis, de observaciones de sentido común, disfrazadas bajo una exposición elegante de hipótesis metafísicas, erigidas en verdades preciosas que tienen el derecho de imponerse, constituye un cuerpo de doctrinas, una verdadera ciencia, y si no habia que recurrir á un método más riguroso. Así se ha establecido esta separación, que cada día se hace más clara, entre la antigua y la nueva psicología.

Por más que aún haga bastante buena figura, la antigua psicología está condenada. En el nuevo círculo que se ha formado alrededor de ella, han desaparecido sus condiciones de existencia. A las crecientes dificultades del trabajo, á las exigencias cada vez mayores del espíritu científico, no bastan ya sus procedimientos. Se halla reducida á vivir de su pasado. En vano sus más sabios representantes repiten muy alto que es preciso estudiar los hechos, dar una buena parte á la experiencia. Sus concesiones nada salvan. Por más sinceras que ellas sean de in-

tención, no se ejecutan. Desde el momento en que ponen mano á la obra, la afición á la especulación pura les domina. Por lo demás, ninguna reforma deja de ser eficaz contra lo que es radicalmente falso; y la antigua psicología es una concepción bastarda que debe perecer por las contradicciones que encierra. Los esfuerzos que se hacen para acomodarla á las exigencias del espíritu moderno, para hacer un cambio en su verdadera naturaleza, no pueden ilusionar á nadie. Sus esenciales caracteres quedan siempre los mismos; se puede demostrar en algunas palabras. Por el pronto, se halla imbuida del espíritu metafísico, es «la ciencia del alma»; la observación interior, el análisis y el razonamiento son sus procedimientos favoritos de investigación; desconfía de las ciencias biológicas; como lo que es débil, no desea otra cosa que reducirse y permanecer tranquila en sus dominios.

Semejante concepción no tiene vitalidad. Sus aficiones metafísicas excluyen el espíritu positivo, impiden el empleo de un método científico, le arrebatan el beneficio de la libre investigación. No se atreve á ser un estudio de los fenómenos psíquicos, distinto é independiente. Sin embargo, esta necesidad se impone. A medida que se vayan borrando las inveteradas costumbres, se irá viendo mejor que la psicología y la metafísica, confundidas en otro tiempo bajo una misma denominación, suponen aptitudes intelectuales tan opuestas que se excluyen; entonces se comprenderá que el talento metafísico se halla en razón inversa del talento psicológico; que en adelante, prescindiendo de algunos raros genios que tal vez se encontrarán, el psicólogo debe renunciar á la metafísica y el metafísico á la psicología.

Para la antigua escuela, el gusto de la observación interior y el espíritu de finura son los signos exclusivos de la vocación del psicólogo, y todo el programa se reduce á dos palabras: observarse y razonar.

La observación interior es, sin duda, un primer paso; sigue siendo siempre un procedimiento necesario de verificación y de interpretación; pero no puede ser un método. Para sostenerlo, es preciso olvidar por comple-

to ó desconocer las condiciones de un método científico. Creer que con ella se constituirá la psicología, es suponer que para hacer la psicología basta tener buenos ojos y mucha atención.

El espíritu de sutileza es también un instrumento demasiado frágil para penetrar en la trama tupida, compacta de los hechos de conciencia.

Durante estos dos últimos siglos, ha dado su medida: se le deben buenas descripciones, excelentes análisis; pero su campo está segado. No puede ya encontrar más que detalles, gradaciones, refinamientos, sutilezas. Aun en este grado en que llega á la profundidad, no hará otra cosa que descender más adelante en las combinaciones más delicadas ó más ocultas; *no explica*. En estas condiciones, el psicólogo se convierte en un novelista ó un poeta de una especie particular, que busca lo abstracto en lugar de lo concreto, que diseña en vez de crear; y la psicología se convierte en una forma de crítica literaria muy profunda, muy bien razonada; nada más. El estudio de los fenómenos psíquicos en su totalidad, de la forma animal más baja á la forma humana más elevada, le está vedado. Es incapaz de relacionar estas manifestaciones con las leyes de la vida—no tiene amplitud ni solidez.

Lo que sorprende, en efecto, en la antigua psicología, es su extrema sencillez: es sencilla en su objeto, sencilla en sus medios. Presenta un carácter recortado é infantil. Carece de aire y de horizonte. Las cuestiones están planteadas bajo una forma seca y exigua, tratadas por un método verbal que recuerda el escolástico. Todo se pasa en deducciones, en argumentaciones, en objeciones y en réplicas. En este refinamiento siempre creciente de sutilezas, se acaba por no obrar ya más que sobre signos; toda realidad ha desaparecido.

Tomando todas las cuestiones, una después de otra, se podría demostrar cómo las preocupaciones metafísicas, el abuso del método subjetivo y del razonamiento extremado, paralizan los mejores espíritus. El estado de conciencia, aislado de lo que le precede, le acompaña y le sigue, de sus condiciones anatómicas, fisiológicas y otras, no es más que una abstracción; y cuando se la ha clasificado bajo un título, relacionado con una facultad hipotética que se atribuye ella misma á una sustancia hipotética, ¿qué se ha descubierto, qué se ha aprendido? Si, por el con-

trario, el estado de conciencia se estudia como formando parte de un grupo natural, cuyos elementos se suponen recíprocamente, y cada uno de los cuales debe ser estudiado aparte en sus relaciones con los otros, se permanece en la realidad, no se satisface con la fórmula de los antiguos psicólogos: «Esto es de la fisiología»; se toma su bien ó se le encuentra; se recibe de todas manos, y no se toma por una ciencia la nomenclatura de los fantasmas que se han creado.

Sobra de razonamientos; tal es la impresión que deja la antigua psicología á los partidarios de la nueva. El razonamiento es la confianza del espíritu en sí mismo y la fe en la sencillez de las cosas. La nueva psicología sostiene que el espíritu debe desconfiar de sí mismo y creer en la complejidad de las cosas. Aun en el orden mucho menos complejo de las ciencias biológicas, nuestras inducciones y deducciones se ven á cada paso desmentidas. Lo que *debe ser* no es; lo que se infiere no se verifica; en lo que la lógica dice sí, la experiencia dice no.

Los representantes de la antigua psicología—y aún son numerosos, aunque en diversos grados—¿conocen bien la situación en que se han colocado en medio de las ciencias contemporáneas? El físico y el químico sólo se creen fuertes en un laboratorio; el biólogo provee diariamente su arsenal de nuevos aparatos, se arma de todas piezas, multiplica sus medios y sus instrumentos, tiende á sustituir el registro pasivo y mecánico de los fenómenos á su apreciación subjetiva, siempre falible y vacilante. El psicólogo, en cambio, no pudiendo empezar de nuevo la obra de sus antecesores, ni rehacer lo que ha sido bien hecho, se limita á preguntarse, sin informaciones, sin experiencias, sin recursos, sin medios de acción. Si su obra es una ciencia, preciso es confesar que no se parece á nada de lo que lleva este nombre.

II

La nueva psicología difiere de la antigua por su espíritu, que no es metafísico; por su fin, que no es el de estudiar más que los fenómenos; por sus procedimientos, que sólo los toma en cuanto es posible de las ciencias biológicas.

Hemos intentado, en otra ocasión, demostrar las ventajas de una psicología sin metafísica, ó, como después se ha dicho, «de una

psicología sin alma». Dejamos á un lado este aspecto negativo de nuestro tema, para considerarle hoy bajo su aspecto positivo.

Uno de los más grandes obstáculos para los progresos de la psicología, señalado desde hace mucho tiempo, es la naturaleza misma de los hechos de conciencia, tan vagos y difíciles de fijar. Mientras que los fenómenos objetivos se distinguen unos de otros por sus cualidades específicas, sus relaciones en el tiempo, y, sobre todo, su figura, su posición y todas sus determinaciones en cuanto al espacio, los estados psíquicos, tomados en sí mismos y conocidos por la sola conciencia, se reducen á diferencias de cualidad y de relación en el tiempo.

Además, la nueva psicología ha debido esforzarse desde el primer momento en aumentar su determinación ó la suma de sus relaciones. En esto es en lo que le han servido de mucho los descubrimientos de la fisiología. Esta, después de haber establecido que las acciones psíquicas, de una manera general, están ligadas al sistema nervioso cerebro-espinal, ha demostrado más recientemente, por observaciones y experiencias repetidas, que *todo estado psíquico se halla invariablemente asociado á un estado nervioso*, cuyo acto reflejo es el tipo más sencillo. Este principio es incontestable para la mayor parte de los casos, verosímil en el más alto grado para los demás.

Nos sería imposible hacer ver aquí, en detalle, que todo estado de conciencia está ligado á un concomitante físico bien determinado. Algunas indicaciones bastan. En lo que conviene á los cinco sentidos y las sensaciones viscerales, nadie tiene duda de ello. En cuanto á las imágenes, no es sólo la inducción la que autoriza á decir que la reproducción ideal supone condiciones físicas análogas á las que reclama la sensación.

Hechos patológicos, y en particular las alucinaciones, prueban que la ideación está unida á un determinado estado de los centros nerviosos. Si, por otra parte, consideramos los deseos, los sentimientos, las decisiones, los vemos ligados, cada cual según su especie, á un concomitante físico: estado del organismo, movimientos, gestos, gritos, secreciones, cambios vasculares, etc. Resta, sin embargo, para abrazar la vida psíquica en su totalidad, ciertos estados de conciencia sobre los cuales pueden formularse dudas. La reflexión, los razonamientos abstractos, los sentimientos del orden más ele-

vado, ¿no parecen, como decía la antigua psicología, la manifestación de un puro espíritu? Esta tesis es insostenible. La vida psíquica forma una serie continuada, que comienza por la sensación y acaba por el movimiento. Cuando á un extremo hallamos las sensaciones y las imágenes ligadas á estados físicos, y al otro los deseos, sentimientos y decisiones, con la misma unión, ¿cabe suponer la existencia de una *terra incógnita* sometida á otras condiciones, regida por otras leyes? «Sería ponerse en contradicción con todo lo que sabemos respecto al acto cerebral, suponer que la cadena física termina bruscamente en un vacío físico ocupado por una sustancia inmaterial, que comunicaría los resultados de su trabajo al otro extremo de la cadena física. En suma, no hay interrupción en la continuidad nerviosa.» (Bain.)

Por plausible que sea esta conclusión, la psicología puede hacer todavía algo mejor que recurrir á un razonamiento por analogía, fundado sobre la continuidad de las leyes naturales. Por de pronto, la reflexión más íntima es imposible sin signos que supongan una determinación física, por débil que ella sea. Después, la fisiología general nos enseña que, si alguna cosa aparece, algo se destruye; que el período de funcionamiento es un período de desorganización, y que esta ley biológica es aplicable al cerebro como á cualquier otro órgano, al trabajo cerebral como á otra función cualquiera. Recordemos la producción de calor que acompaña á la actividad psíquica (Schiff), las modificaciones producidas en las excreciones por el trabajo intelectual (Byasson); y sin acumular detalles que llenarían un tomo, podemos deducir que todo estado psíquico determinado está unido á uno ó muchos sucesos físicos determinados, que nos son muy conocidos en muchos casos, poco ó mal en los demás.

Admitido este principio, que es la base de la psicología fisiológica, las cuestiones se presentan bajo un aspecto completamente nuevo, y reclaman el empleo de un nuevo método. A la fórmula vaga de las «relaciones entre el alma y el cuerpo», como dice la antigua escuela; á la hipótesis arbitraria y estéril de dos sustancias obrantes una sobre otra, se sustituye el estudio de dos fenómenos que se hallan en tan constante conexión para cada especie particular, que se podría llamar un fenómeno de doble faz.

La psicología, pues, tiene por objeto los fenómenos nerviosos acompañados de conciencia, cuyo tipo más fácil de conocer encuentra en el hombre, pero que debe perseguir en toda la serie animal, apesar de las dificultades de la investigación. A la vez se establece la distinción entre la psicología y la fisiología; el proceso nervioso, de aspecto sencillo, corresponde al fisiólogo, y el de doble aspecto al psicólogo. La indecisión no puede existir sino en los casos en que la conciencia desaparece poco á poco, para convertirse en automatismo (costumbre), y en los casos en que el automatismo se hace consciente. El alma y sus facultades, la gran entidad y las pequeñas desaparecen, y no tenemos que ocuparnos más que de los sucesos intrusos que, como las sensaciones y las imágenes, traducen los sucesos físicos, ó que se traducen en sucesos físicos, como las ideas, los movimientos, las voluntades y los deseos. Así se obtiene un gran resultado; el estado de conciencia deja de ser una abstracción flotante en el vacío; se fija. Adherido á su concomitante físico, entra con él y por él en las condiciones del determinismo, sin el cual no hay ciencia. La psicología está ligada á las leyes de la vida y á su mecanismo.

Eso no es, como sin razón se repite, absorber la psicología en la fisiología. Por una lógica necesidad, la ciencia superior se apoya en la inferior. La fisiología contemporánea, ¿no desciende á cada instante á la química y la física para utilizarlas? ¿Se dirá por esto que se deja absorber? Entre la ciencia de los fenómenos de conciencia y la fisiología no existe la misma relación que entre éstas y las ciencias fisico-químicas. Si se objeta que el paso de la vida á la conciencia no se explica, debe observarse que el paso de lo inorgánico á lo vivo se encuentra en el mismo caso. La dificultad es la misma, y no se comprende cómo un método legítimo en un caso había de ser ilegítimo en el otro.

T. RIBOT.

(Concluirá.)

DE LA REFORMA DEL DERECHO DE GENTES

POR FREDERICK SEEBOHM

INTRODUCCION

Á M. FRÉDÉRIC PASSY.

Extinguere hostem maxima est virtus ducis; servare cives major est patriæ patri.
Séneca. «Octavie», acto 2.º

SEÑOR:

Este libro es el más convincente, el más persuasivo de cuantos he leído respecto al triste asunto de la guerra, y eso que he leído un gran número de ellos, sobre todo desde que tengo el honor de pertenecer á la sociedad de *Los Amigos de la Paz*. Nada de declamaciones, nada de lugares comunes sobre la pretendida gloria militar, ni sobre los innumerables horrores de la guerra, ni sobre la moral evangélica, ni sobre la fraternidad de los pueblos; nada de ensueños ni de utopías; historia, números, hechos incontestables, medios prácticos y muchas veces practicados, *Res non verba*, prueban la posibilidad de aplicar el sistema *Reforma del Derecho de Gentes* propuesto por el autor.

Es preciso, pues, adherirse á este sistema; y ya que he escrito más arriba la palabra *gloria*, habremos de convenir en que no la habrá mayor, más pura, más resplandeciente (ni siquiera la de las artes, la de las letras y la de las ciencias, que son las únicas dignas de llevar ese nombre), que pueda ser comparada con la que habrán de adquirir los promotores y fundadores de esa *Reforma del Derecho de Gentes*.

Concurramos, pues, señor, con nuestros actos, con nuestros discursos, y por todos los medios que la Providencia ha puesto á nuestro alcance, á que la humanidad entera marche hacia ese sublime objeto: *La paz sobre la tierra*. Pero, como dice con gran razón M. F. Baudry en un artículo muy notable, publicado en el diario *Le Temps*, el 22 de Junio de 1872, sobre la segunda enseñanza, no basta realizar un progreso cuya conveniencia sea reconocida sólo por algunas inteligencias privilegiadas; nada se habría conseguido, ó muy poco, si ese progreso no estu-

viera en vía de difusión. Una política ajustada á la ciencia no se presta á construcciones ideales que vienen á reducirse, en general, á curiosidades de gabinete; es preciso que el público se penetre de la idea de la reforma; y, cuando esa política haya reconocido bien la corriente de los espíritus y de las cosas, debe esforzarse más y más, no sólo para poner en evidencia la necesidad de la reforma, sino para dirigirla por la vía más práctica y natural, á fin de impedir que se extravíe y pierda en estériles divagaciones.

Ese progreso, esa reforma á la cual aspiran los amantes de la paz, ¿es patrimonio sólo de esas inteligencias privilegiadas? ¿Está en la atmósfera, como decimos los franceses? ¿Ha reconocido su necesidad el público, ó más bien se perderá en estériles divagaciones, quedando reducida sólo á una mera curiosidad de gabinete?

Usted, señor, y todos nuestros amigos en ambos mundos, nos hallamos profundamente persuadidos que está en la atmósfera, que se ha impregnado en general en los espíritus. Ese gran número de sociedades que, sin otro objeto que la Paz, funcionan (empleando la expresión de nuestro autor), no tan sólo en los diversos países de Europa, sino también en los del Nuevo Mundo, ¿no nos dicen claramente que esa reforma, que su necesidad, ocupa ya un gran lugar en todo el linaje humano?

Hemos leído en el primer número de *Los Estados-Unidos de Europa* que los esfuerzos hechos por la paz y para la paz han seguido siempre á las grandes guerras. Al poco tiempo del Congreso de Utrecht, escribía Saint-Pierre su proyecto de paz perpetua; en 1796, después de las rudas guerras victoriosamente sostenidas por la República francesa contra la coalición, publicó Kant su pequeño *Ensayo sobre la Paz perpetua*, que antes de diez años fué el manual de todos los políticos; en 1814, cuando la Francia se halló á discreción de la Santa Alianza, Saint-Simon dió á luz su folleto *Reorganización de la Sociedad Europea*; dos años después, en 1816, se fundaron en América y en Inglaterra esas grandes y enérgicas sociedades de la paz que, al cabo de medio siglo, y á través de burlas y desdenes, han luchado por la paz con aquel denuedo, al cual rinden siempre el homenaje merecido todos los que se proponen un mismo y noble objeto, marchando, á su parecer, por el mejor y más directo camino.

Pero dicen los incrédulos: nos habláis de filósofos, de cuákeros, de ciudadanos que aspiran á la paz, á lo cual podríamos responder: si creyéramos que poseíamos solos la verdad, esto es, que éramos los únicos que la teníamos en nuestras manos, sería nuestro deber abrirlas enteramente para que cayera sobre las masas; pero no, que éstas quieren también la paz, y aspiran á su manera á poseerla sin interrupción; no cabe duda que predomina en ellas ese precioso sentimiento, pues comprenden perfectamente cómo sobre ellas recaen los más terribles males que producen las guerras, puesto que no se forman los ejércitos con filósofos y gente acomodada solamente, como acaba de verse, hace algunos días, al presentarse en Versalles con ese objeto una comisión numerosa de obreros ingleses, que elevó á nuestra Asamblea Nacional una exposición en el sentido que vamos hablando; esto es, pidiendo á nombre de cierto número de sociedades de obreros el establecimiento de un *Tribunal Internacional* para juzgar los casos de guerra. Esos animosos operarios pertenecían á la *Workmen's Peace Assotiation*, compuesta de obreros tan sólo. Por otra parte, señor, no es á usted á quien sea preciso recordar, porque de seguro no la ha olvidado, esa protesta de los artesanos de Madrid contra la guerra del 23 de Junio de 1870, cuya fecha es de notar, donde se lee:

«En nombre del Evangelio, en nombre de los intereses de todo el género humano, protestamos de la manera más absoluta contra los principios de la guerra, como medio de terminar las querellas entre los diferentes pueblos; protestamos enérgicamente contra las iniquidades á que da ocasión, pues que no tiene otro objeto que el de satisfacer una ambición desordenada y fines políticos rara vez honrosos. Operarios del pensamiento, operarios de la materia, franceses, alemanes, españoles y de todas las naciones, unamos nuestra voz en un grito de reprobación contra la guerra. La división del trabajo material ó espiritual, el cambio de cuanto producimos, tenedlo entendido, se acrecienta todos los días y es lo único que constituye la prosperidad general. Las guerras, por cuestiones de preponderancia ó por la conservación de las dinastías, no son sino crímenes, en el concepto de los verdaderos trabajadores. Los que aspiramos á la paz, los que nos dedicamos al trabajo por medio de la libertad, protestamos contra la apología de la guerra,

contra todos los que buscan en ella su provecho causando la desgracia pública; protestamos contra esas matanzas sistemáticas de la raza humana, contra la destrucción de la fortuna de los pueblos, que debiera emplearse en fertilizar la tierra, y en remunerar á los industriales; protestamos contra los que derraman le sangre humana para satisfacer su vanidad, su amor propio ó su ambición monárquica. La guerra destruye los más nobles sentimientos, crea odios entre las naciones, es el medio indirecto de destruir la libertad de los pueblos: es, en fin, la ruina del capital y del trabajo diario de los obreros (1).»

Tal ha sido el lenguaje, tal el pensamiento del pueblo español. Antes de la declaración de la guerra en 1870, se consultó á los prefectos (por mera forma); entre ellos, cincuenta y nueve tuvieron suficiente energía para contestar *que las poblaciones estaban por la paz*, treinta optaron por el cortesano silencio ó atribuyeron á los habitantes de sus departamentos la aprobación de la guerra contra Alemania.

¡Ah! No lo ignoro; las envejecidas doctrinas sobre la guerra conservan aún muchos partidarios obstinados, no sólo entre los guerreros de oficio, sino entre aquellos mismos que debieran ser los primeros á maldecirlas. ¿Y cómo no, cuando hace pocos días he oído en la Asamblea nacional escaparse de la boca de un prelado, de un ministro de Aquel que descendió á la tierra para establecer la paz entre los hombres, estas inocentes palabras: *esperamos que la supremacía guerrera será de nuevo de Francia?* ¡Ah monseñor!

Y vos mismo, señor, ¿no habeis oído en el Congreso científico, denominado *La Alianza Universal del Orden y de la Civilización*, las proposiciones siguientes, que nos han hecho estremecer? *¡La guerra es un mal necesario; la guerra es inherente á la especie humana!*

No, señores de la Alianza Universal, la guerra no es un mal necesario, no es inherente á nuestra especie, como no lo son los sacrificios humanos, como no lo es la horrenda voracidad del antropófago, que han desaparecido casi enteramente de la superficie del globo, y que, como la esclavitud, en otros tiempos universal, desaparecerán bien pres-

to en toda realidad, gracias á los progresos de la *civilización*, inscrita, señores, en vuestra bandera. *El orden* no es otra cosa que la conformidad á las leyes establecidas por el Creador. ¿Quién podrá negar, en efecto, que la conservación del individuo, como la de la especie humana, sean dos grandes leyes del código natural? ¿No destruye la guerra el individuo y la especie? ¡Será, pues, la guerra un mal necesario, como decis! ¿De qué civilización nos habláis? ¿Es vuestro lenguaje el de la civilización? Preguntádselo á las madres francesas y alemanas en estas circunstancias.

¡Invisa matribus arma
Bellaque matribus detestata!

Dos clases de personas son á la vez contrarias á los progresos de la civilización: las que todo lo creen y las que no creen nada.

Un tratante en perlas salió de Venecia á fines del siglo XIII, dirigiéndose hacia Asia, y recorrió por el espacio de 25 años una superficie del globo triple en extensión que el mundo conocido entonces por sus contemporáneos europeos; vió todo, *homines et urbes*: los hombres, los reinos, los inmensos imperios del extremo de Oriente; observó los productos del suelo, variedad de animales desconocidos en Occidente, ejércitos, armadas, artes, ciencias, todo en fin, y regresó á su país envejecido ya, ménos por los años que contaba que por las fatigas que habia soportado en sus inauditos viajes. Apenas le conocieron sus más próximos parientes, y hasta habia olvidado casi su lengua maternal; así que, cuando referia lo que habia observado, se le calificaba de impostor; habia visto regiones inmensas, poblaciones sin nombre, riquezas incalculables, y no hablaba sino por millones, por lo cual se le aplicó el sobrenombre de *Messer-Millioner*; nombraré, pues, á Marco Paolo. ¿Se referia á una caja, que incluía una aguja, moviéndose por sí misma é indicando el Norte? ¡Mentira! ¿Al astrolabio?... ¡Mentira! ¿A una máquina que producía libros á millares y á voluntad?... ¡Mentira! Fué preciso que transcurrieran siglos para que Flavio Gioja, Schawartz y Guttenberg probaran que Marco Paolo habia dicho verdad. En su lecho mortuario, al entregar á Dios su gran alma, le conjuraron sus parientes que desmintiera todos los hechos que mencionaba en su *Relacion*. «No, respondió, porque ni siquiera he referido la mitad de las

(1) No teníamos noticia de esa exposición. — B. E.

maravillas que he visto»; y murió cargado de imprecaciones.

Corrieron seis siglos, y todo lo que habia referido Marco Paolo acerca de los tártaros, de la China, de las Indias y de sus islas se comprobó. «Se habia calificado de exagerado y aún de embustero á este autor, dice M. Abel Remusat; pero hoy es ya reconocida su sinceridad y su exactitud.» (*Nouveaux melanges asiatiques*, t. I, 1829.)

Hé ahí los incrédulos al frente de la verdad. Durante seiscientos años han cerrado los ojos y no han querido verla; pero hoy no estamos ya en la Edad Media: el progreso marcha en progresion geométrica, y no debemos dudar que más ó ménos pronto habrá de venir el imperio de la paz, así como no dudamos de la existencia de un Dios de paz.

Sí, señores de la Alianza, ese deseo ardiente de la paz está en la atmósfera; el público se halla impregnado del espíritu de reforma. Ha llegado la hora.

Independientemente de las cualidades que recomiendan la obra de M. Frédéric Seebohm su mayor mérito se halla en la oportunidad. Toda su disertacion, todos los hechos que refiere lo demuestran, y por eso nos hemos adherido con más amor á su obra, como nos adherimos generalmente á toda obra buena, siguiendo escrupulosamente el pensamiento del autor, esforzándonos cuanto podemos para hacerlo hablar en frances.

En general, importa poco saber cómo ha procedido un escritor en su trabajo (1); basta que la obra agrade al lector. Séame permitido, sin embargo, decir algunas palabras acerca de las reglas que he adoptado en mi interpretacion. La obra de un traductor es siempre un trabajo ingrato: los que poseen bastante bien la lengua traducida, son un tanto descontentadizos; tienen celos, hasta cierto punto por lo ménos, de un trabajo que hace participar á los demas de los goces que ellos miran como de su exclusiva propiedad: son ellos los que se han aplicado estas lindas palabras: *traduttore, traditore*; el traductor es un criado que trasmite mal las palabras de su señor. Dejémosles decir; pero ¿qué sería de la civilizacion si no se hubiera traducido nada?

Se han publicado muchas teorías de la traduccion, y hasta existe un poema latino sobre el *arte de traducir*. Hé ahí los princi-

pios que yo admito: si se trata de una obra puramente literaria, es preciso luchar cuerpo á cuerpo con su autor, más bien que seguirla paso á paso, muchas veces *non passibus æquis*; algunas, aunque con sobriedad, reemplazando una belleza de estilo del original, cuando se aleja demasiado del genio de nuestra lengua, por otra belleza que sea más de nuestro gusto. Si se trata de obras de ciencias, de historia, de economía política, de legislacion, como la de que tratamos, la cualidad más esencial es la exactitud. La traduccion en este caso no debe ser el reves del tapiz, como decia una mujer de gran talento del siglo anterior, sino un espejo que refleje el original. En semejantes casos, yo prefiero los modelos que los esposos Dacier nos han dejado en este género en las *Belles infideles du sieur d'Ablancourt*. Ni es un gran defecto, por otra parte, que la traduccion tenga algun sabor local; tal es por lo ménos mi opinion, sin que por eso admita los anglicismos ni los germanismos, pues los aborrezco. He tratado de ser escrupulosamente exacto, y á conseguirlo se halla reducida mi ambicion.

Y de perdonar las faltas
A todos hacen merced.

como dijo el buen Calderon.

He debido poner algunas notas al texto, y tambien algunas noticias acerca de los autores que cita. Me he abstenido de hacerlo respecto á Grotius, Puffendorf y Vattel, por ser suficientemente conocidos de los lectores franceses. He sido ménos reservado en cuanto á los autores modernos ingleses, americanos y holandeses, citados por M. F. Seebohm. Todos los gobiernos que se han sucedido en Francia, se han esforzado, al parecer, en alejar nuestro país de la sociedad europea; todos, más ó ménos, han concurrido á levantar esa muralla de la China, que nos separa desgraciadamente de los demas pueblos. De ahí la ignorancia en que permanecemos en general de los hechos y de los hombres con justicia célebres en el extranjero. De ahí esa preocupacion en favor nuestro que nos ha sido tan fatal de infinitas maneras. No pretendo que seamos ciudadanos de todo el mundo; se puede y debe ser patriota, pero no exclusivo.

Como lo dice M. F. Seebohm, refiriéndose á la guerra separatista americana, la espantosa invasion alemana en estos últimos tiempos no habrá sido un mal sin compensacion si abre los ojos á nuestros gobernantes, si

(1) No es tal mi parecer.—B. E.

les hace percibir los atroces males que producen las guerras, y cuán ilusorias son las ventajas que los vencedores obtienen.

Veillez agréer, monsieur, etc.

D. D. FARJASSE.

NOTICIAS SOBRE M. FREDERICK SEEBOHM.

Es M. Frederic Seebohm, según M. Henry Richard, miembro del Parlamento inglés y de la Sociedad la Paz (Peace Society) de Inglaterra, cuya palabra agradable se ha hecho escuchar en la primera reunión pública que celebró la Liga internacional y permanente de la Paz, hoy Sociedad de amigos de la Paz, constituida en París el 8 de Junio de 1868.

M. Frederic Seebohm, que vive en Hitchin en el Herfordshire en Inglaterra, es un miembro muy conocido de la Sociedad de amigos de la Paz, tan célebre por su amor á la paz y su filantropía universal; es hijo del difunto Benjamin Seebohm, misionero en América y en el hemisferio austral, cuya memoria es conservada en gran estimación por su profunda piedad y su persuasiva elocuencia, M. Frederic Seebohm se dedicó desde luego al estudio de las leyes, con ánimo de seguir la carrera del foro; pero, habiéndose casado con la hija de un rico banquero de Hitchin, abandonó el derecho por el comercio de banca. Actualmente es socio de la casa Sharpley, Tuke y C.^ª, cuyas relaciones comerciales se extienden á muchas ciudades del interior de Inglaterra con gran crédito.

M. Frederic Seebohm consagra á los estudios literarios una gran parte de los ocios que le dejan sus negocios; escribe en la *Revista del Norte de Inglaterra* (North British Review) en la de la quincena (Fornightly Review), y en otros periódicos muy apreciados en la Gran Bretaña.

Es además muy conocido del público inglés como autor de la interesante obra titulada *The Oxford Reformer's* (Los Reformadores de Oxford), libro muy curioso, que se recomienda por un gran número de investigaciones y por la elevación de sus pensamientos. Trata en él de las relaciones de amistad, de carácter y de influencia de los tres hombres célebres, Erasme, el dean Colet y Thomas Moro. Este trabajo, que ha excitado el mayor interés en las reuniones literarias inglesas, ocupa un lugar muy honoroso entre las más eminentes autoridades de

la historia de Inglaterra en la época del Renacimiento.

Otra obra de M. Frederic Seebohm tiene por título *The facts of the four Gospels* (Los hechos de los cuatro Evangelistas). Resume en estilo pintoresco los principales acontecimientos de la vida de Jesucristo, y demuestra la verdad histórica de las bases de la religión cristiana y su existencia independiente de las diversas teorías de la revelación bíblica.

FREDERIC PASSY.

ENSAYO CRÍTICO

SOBRE

EL IMPERIO DE CARLO-MAGNO

El siglo VIII fué para la Europa una época de crisis dolorosa y decisiva para el porvenir de las sociedades. El vigor de razas vírgenes aún, y el influjo más ó ménos intenso, pero benéfico siempre, de la Iglesia Católica en aquellos siglos, pudieron hacer que aquella se resolviera favorablemente, no sin grandes sacrificios y perseverancia. Por eso aquellos pueblos que vertieron su sangre, aquellas instituciones, y los hombres que con su genio dirigieron convenientemente los sucesos, merecen el recuerdo y la gratitud de la humanidad.

El Imperio de Occidente, nacido de la violencia y sostenido, apesar de las causas latentes de inevitable disolución que en él se contenían, por aquella administración verdaderamente orgánica, había, hace tres siglos, desaparecido. La herencia de Rómulo Momilo Augustulo, la imperial irrisoria diadema, no pudo ser conservada por un pueblo bárbaro y de exiguo poder.

Bizancio pretendía continuar la tradición romana; pero no contaba con fuerzas aquel organismo exhausto, ni su actividad se empleaba en otra cosa que en estériles especulaciones sin fundamento en la realidad desconocida y menospreciada, que apasionaban á los pseudo-descendientes de los Brutos y de los Cincinatos. Y así, en el momento histórico cuya contemplación parcial nos va á ocupar, ventilábase con la palabra y con las

armas la querrela de iconoclastas é iconolátras; aquéllos sostenidos por la autoridad imperial y las decisiones del Sinodo celebrado en Constantinopla; éstos por el Pontífice y Concilio Romano, cuya autoridad crecía. El Estado, por medio de la coacción, pretendía violentar el sentimiento religioso, como si éste obedeciera á móviles exteriores á sí propio. Dadas las condiciones históricas de tiempo y espacio, era por demas lógica y natural la tendencia á producir en concreción, siquiera fuese en forma grosera, el sentido religioso que, por otra parte, á tan excelso punto habia levantado el Cristianismo. Y de tal modo se manifestó, apesar de la imposición y la violencia, que no fueron bastantes, ni pueden serlo, á cohibir la esfera pura é interior de la religiosidad. Necesaria es la organización en unidad; pero ésta, en su noción verdadera, no implica obstáculo, sino ántes bien cooperación por medio de la exigibilidad del *derecho*, al desarrollo original del componente, al propio tiempo individuo y miembro social, parte en sí y en relativa posición reciproca y con el todo.

Carecia, pues, de aptitud para fundar un todo orgánico sobre aquella caótica variedad del Imperio Griego. Ni aún era para él liviano el peso de lo anteriormente adquirido. De los escombros yertos que fueron un dia el Imperio de los Daríos y Artaxerxes, surge la monarquía neo-persa, cuyos ejércitos llegan á las puertas de Constantinopla, y con Cosroes se apoderan de Jerusalem, é incendian los templos levantados por la piedad de Helena. Los ávaros, esclavones y búlgaros asuelan las provincias septentrionales. Los lombardos, con Albuino, se apoderan de la region italiana, aún hoy llamada Lombardía, y amenazan el resto de la Península, protegida, más que por el Imperio, por los Pontífices Romanos.

Las Galias, en manos de los degenerados hijos de Clodoveo, eran presa de la ambición de los grandes señores.

Las estepas de la Rusia y de la Tartaria preparaban sus feroces multitudes para periódicas invasiones, que no serian suficientes á contener los desunidos pueblos que ocupaban la Europa central, que ya por sí constituían una amenaza para la sociedad cristiana. Y ya rompian las eternas nieblas de la Scandinavia los sanguinarios progenitores de los Aroldos y Tancredos.

La Bretaña era desgarrada por la Heparquia.

Pero un enemigo poderoso, abortado por los desiertos de la Arabia, poseído de un espíritu de aventuras y conquistas ardentísimo, amenazaba con superior peligro la cristiandad. La espada de Carlos Martel habia, es cierto, detenido al coloso; pero su movimiento ascendente no habia terminado, ni se habia de detener en muchos siglos. El movimiento islámico que se habia desarrollado, merced al ideal que perseguía, admirablemente concertado con el carácter de la raza, con rapidez extraordinaria, llegaba á su apogeo brillantísimo, al cual habia de seguir una pronta decadencia. No encerraba en sí los elementos vívidos é inmortales que aterraban el Cristianismo,—fusión de distintos elementos en una superior armonía, representación de lo más elevado en el orden ideal de dos mundos,—y que habian de contribuir á que por mucho tiempo permanecieran aparentemente por completo inactivas, ó en estado elemental, otras tendencias reales en la naturaleza humana, absorbida en la que aquel movimiento representaba toda actividad, al propio tiempo que se convertía en total y absoluto lo relativo é histórico.

El mahometismo habia de decaer en virtud de aquello mismo á que debió sus adelantos y rápida cultura. Proclamando que todos los hechos en todo orden se suceden mediante una ley ineludible y no por arbitrarias y exteriores influencias, dió una sólida base al estudio, y aliciente y estímulo á la observación de la Naturaleza. Así en su período culminante los Estados árabes presentan notable contraste con los Estados cristianos. Una civilización esplendente se desarrolla; á su calor nacen el álgebra y la química; la medicina, la astronomía, las artes bellas, la mecánica, se propagan por toda la extensión de sus dominios. Los árabes establecen en Sicilia y Andalucía, por vez primera en Europa, un colegio de medicina y un observatorio astronómico. En su seno se toleraban diferentes comuniones religiosas: cristiana, judía, etc., adelantándose á su tiempo y á otros posteriores que habian de presenciar sangrientas escenas de intolerancia.

Pero aquel principio fundamental, que es la idea predominante de sus libros sagrados, encerraba en sí una causa latente de destrucción: el fatalismo. Se desconoció que, si bien todo está presidido por leyes, ley es para el sér humano la libre determinación y elección de medios para cumplir su necesario fin, y ley la responsabilidad y correlativa

sancion de sus acciones. Esto y el predominio de razas incultas fueron las principales causas de la rápida decadencia de la civilización musulímica. Mas en el momento que estudiamos contaba la nueva religion con todos sus elementos, y constituia un inminente peligro para el mundo cristiano.

Sus huestes habian recorrido triunfantes la España, entregada al musulman, más que por la traicion del conde D. Julian, por la ceguedad y tiránica conducta de sus dominadores los degenerados descendientes de Eurico y Recaredo. Y daba ésta glorioso comienzo á la obra de su emancipacion, que más de una vez debia verse en supremos momentos á riesgo de malograrse por la division de sus caudillos.

La Europa ofrecia, pues, en su disgregacion y debilidad ancho campo á la ferocidad de las tribus del Norte y del espíritu aventurero y audaz de los poderes del vasto imperio musulímico. Habia, sin embargo, algo que podria ser barrera inquebrantable á las irrupciones: la Iglesia y el Imperio. Aquélla enlazando con fortísimo vínculo los pueblos amenazados; éste dando origen á la formacion de nacionalidades, agrupaciones aún imperfectas, en interior y exterior oposicion, pero informadas por un vínculo político, siquiera tenue y por muchos desconocido. Veamos cómo se realiza lo que la necesidad demandaba, y de qué manera se forma el Imperio de Occidente; estudiemos su desarrollo, su significacion en la historia de la humanidad; contemplemos su obra y sus resultados, bajo el punto de vista *crítico*, ántes que *narrativo*, que nos hemos propuesto, prescindiendo de la Iglesia en cuanto sea compatible con nuestro método y con las necesidades del asunto.

I

Los Francos, rama de los Germanos que contribuyó con las armas á derrocar el Imperio Romano, habian abrazado el Cristianismo con Clodoveo, fundador de la dinastía de los Merovingios, y formado la monarquía franca. El principio electivo, dentro de la familia real, que presidia al nombramiento de sus reyes, fué causa de divisiones y guerras que ensangrentaron el suelo de las Galias. Desde Clotario II, el poder cayó de las manos de príncipes ineptos á las de los mayordomos de palacio, cargo que acabó por hacerse hereditario en la poderosa familia de los Herstal ó

Heristal. Brilla por un momento el genio de los Meroveos en Dagoberto; pero á su muerte cesan para siempre en el poder efectivo sus débiles sucesores. Pepino de Heristal, el fundador de hecho de la dinastía Carlovingia, reúne en sus manos el dominio de los tres reinos de Neustria, Austrasia y Borgoña. Su hijo natural Carlos Martel, en nombre de Thierry IV, ciñe sus sienes de laurel en Poitiers, rechaza á los sajones, bávaros y otras tribus, y deja al morir por herederos á Pepino y á Carloman, los cuales dan el cetro nominal á Childerico III para acallar recelos y apaciguar tumultos. Habiéndose retirado á la vida monástica Carloman, queda Pepino dueño del mando.

La monarquía franca descansaba con todo su peso sobre los hombros de Pepino, el cual, con el beneplácito de la opinion pública, encerró al débil Childerico en un convento, tomando el título de rey que aquél perdiera. Pero Pepino, como hábil político, quiso rodear su elevacion del prestigio que la sancion religiosa podia prestarle, y al efecto la obtuvo del Pontífice Zacarías. Este hecho es el que inicia la alianza de los Carlovingios y el Papado, produciendo importantísimas consecuencias que debemos aquí apuntar, aunque más adelante volvamos á considerarlas.

Ya desde tiempo atras, y en especial desde que el insigne Gregorio II detiene, como en otro tiempo San Leon, el ejército coligado del rey de los lombardos, Luitprando, los romanos se acostumbraron á ver en los Pontífices sus defensores naturales. Los griegos, ocupados en sus discordias y guerras con los búlgaros y sarracenos, no podian prestar auxilio á la Ciudad Eterna, codiciada ardentemente por los reyes lombardos. En este sentimiento del pueblo romano que en el pontificado de Zacarías se traduce en actos, creemos ver, segun el racional criterio, en sí é independientemente de toda otra relacion histórica, real y fundado en derecho, que adoptamos, el más poderoso argumento en favor de la indudable relativa legitimidad del dominio soberano que por largo tiempo ha ejercido la autoridad suprema de la Iglesia católica.

Astolfo, tan ambicioso y más resuelto que los anteriores reyes lombardos, declaró resueltamente su propósito de apoderarse de Roma y hacer allí reconocer su soberanía, para lo que avanzó hacia sus muros con un fuerte ejército. En aquel trance el papa Esté-

ban II llamó en su auxilio á Pepino, á quien consagró como rey y confirió el título de patricio de Roma. Pepino atraviesa los Alpes, y Astolfo amedrentado levanta el sitio de Roma y pide la paz. El comisario frances Fulrade toma posesion del exarcado en presencia del Papa y de Astolfo, despues de cuya solemne ceremonia pasa á Roma y hace entrega al Pontífice del acta de donacion de tres provincias y veintidos ciudades. Tal es el origen del poder temporal del Papado. Termina por fin Pepino su glorioso reinado, durante el cual ensanchó los límites de la monarquía y preparó la constitucion del Imperio, dejando por sucesores á Cárlos y á Carloman. Este último falleció á los tres años de la muerte de su padre, dejando dos hijos de corta edad.—Cárlos entónces se encontró dueño único de la monarquía, sin la pretendida usurpacion que algunos han creído ver de los derechos de sus sobrinos, y con el apoyo de la nacion: *Karolus autem, fratre defuncto, consensu omnium Francorum rex constituitur.* (Egrihardo).

Cárlos estaba destinado á cumplir una mision importantísima. Dotado de cualidades relevantes y adecuadas á los altos fines que debia perséguir y alcanzar, su espíritu le señalaba un ideal, superior sin duda al que aquellas condiciones de vida hacian realizable; pero su sentido práctico y positivo, ese acertado y en cierto modo matemático claro conocimiento del espacio que media entre la verdad que la razon alcanza en un momento dado y los medios que para su efectividad se dan, cualidad elevadísima que constituye al político, producía en él ese punto armónico de enlace que da al estadista un golpe de vista certero y preciso. Debemos ocuparnos de la obra, que no es exclusivamente suya, como ya hemos visto, ántes que de las cualidades personales del artífice: ellas, por otra parte, están propiamente objetivadas en aquélla.

Ya hemos dicho cuánto importaba á la salud del Cristianismo y de la civilizacion el establecimiento de un poder vigoroso en el Occidente de la Europa. Las hordas eslavas por un lado, la civilizacion árabe por otro, constituían el peligro exterior; la dependencia del Pontificado á influencias exteriores, la anarquía sangrienta en el corazon de la cristiandad, eran el peligro interior. La constitucion del Imperio y su alianza con la Iglesia iban á ser la base de todo el desenvolvimiento ulterior por largos siglos. Tal vez, no

del todo levantados propósitos hicieron converger al punto necesario los sucesos; tal vez los medios no fueron completamente puros; quizá la nueva fábrica llevaba en sí elementos de disolucion y de ruina que en su caída habian de embarazar con pesadumbre mortal y con desigual intensidad esas mismas sociedades á quienes iba á sostener y vigorizar en un determinado periodo histórico; pero no de otra manera se cumplen las exigencias de la humana naturaleza en sus individuos y personas mayores en el espacio y en el tiempo, sino mediante esos mismos elementos que en ella se dan para su desarrollo. Son éstos finitos, acondicionados en todos sentidos é históricamente inorgánicos; y de propia manera se determinan combinándose en la obra continua y lenta de su realizacion en la vida.

II

Carlo-Magno, que de tal modo ha sido llamado con justicia, verificó cincuenta y tres expediciones en las guerras que sostuvo contra los sajones, lombardos, árabes, griegos y varias razas bárbaras. No vamos ni podemos hacer su historia; pero debemos estudiar su carácter y significacion, y pronunciar con ánimo sereno el juicio, siquiera erróneo é imperfecto, que tenemos el deber de formular, siguiendo ante todo el camino que nuestra razon nos señale, con entera independencia.

La ruina de la monarquía lombarda debia necesariamente tener lugar para que el Papado gozara de libertad de acción y se realizase por medio de alianzas con poderosos Estados la constitucion político-religiosa de la Edad Media. Motivos de familia enemistaron al monarca frances con Desiderio, rey de los lombardos. Este se declara protector de la viuda é hijos de Carloman, y pretende obligar al pontífice Adriano á que los consagre como reyes de Austrasia. De ahí se origina la guerra que termina con la rendicion de Pavia y prision del rey lombardo, con lo cual perece esta monarquía. El Sábado Santo del mismo año (774) habia entrado Cárlos en Roma, y confirmado solemnemente, en acta firmada por todos los obispos y nobles, la donacion de Pepino, con más alguna pequeña parte de la Campania y Toscana.

Los sajones, pueblo que ocupaba el N. E. de la Germania, habian conservado la antigua religion de sus abuelos y sus costumbres

tradicionales. Raza enérgica y valerosa, debía costar ríos de sangre sujetarla. Diez y ocho expediciones fueron para ello necesarias. Carlo-Magno derriba de los altares al ídolo de Irminsul, «que era un patriótico recuerdo del gran Arminio ó tal vez el símbolo de la nacionalidad germánica». Aquella nación altiva y fuerte pareció un momento sometida; pero bajo las órdenes del valiente Witikind lanza el grito de independencia y deshace los ejércitos que van á atacarla. Carlo-Magno hace decapitar en un solo día 4.500 sajones, y á esto responden éstos con crueles represalias. El monarca franco hace pesar sobre ellos todo su poder, y entónces comienza aquella feroz tragedia que pone término á toda resistencia. Era la estación del Invierno cuando tuvo lugar la horrible cacería humana. «No oculta la selva desprovista de follajes al proscrito; los pantanos endurecidos por el hielo no le defienden; el soldado le dirige el último golpe, aislado en su cabaña, en el hogar doméstico entre su mujer y sus hijos, como la bestia salvaje encerrada en su guarida amparando sus pequeñuelos.» (Michelet.)

Lucha también Carlos repetidas veces contra los árabes en España y en el Mediterráneo. Sufre allí la rota famosa de Roncesvalles, que no le impide sin embargo repetir sus expediciones, llevando sus armas victoriosas por todo el valle del Ebro.

Estas y otras varias luchas de menor importancia dieron por resultado la formación de un vasto imperio que comprendía desde las márgenes del Ebro hasta las del Oder, y desde el mar del Norte hasta el Adriático y las orillas del Garigliano.

El cuerpo político del Imperio estaba formado. El medio había sido la violencia y la fuerza de las armas; la guerra, en fin, ¿era posible, dadas las limitaciones de aquella sociedad, que otro procedimiento condujera al mismo resultado?

Hay un criterio bastante generalizado, que á fuerza de dar una importancia exagerada al influjo que las condiciones históricas ejercen en la manera de determinarse la conciencia humana, concluye por desconocer el mérito ó demérito que cabe á los actos mediante los que se realiza en la historia, y justificarlo todo en cierto modo. Y lo cierto es que no todos los medios puestos por príncipes ó pueblos para alcanzar el logro de sus aspiraciones han sido los adecuados, ni inspirados en los principios de moral y de justi-

cia que ya aquellas sociedades alcanzaban, y de esto se nos muestran ejemplos sobrado patentes en todo tiempo. No aplicaremos nosotros ese método al estudio de los acontecimientos cuya consideración nos compete. El fin bueno no justifica los medios inícuos, y un estado, aunque sea de negación como el de la guerra, no justifica la barbarie. En el acto contra naturaleza, la responsabilidad varía según los tiempos y lugares, pero existe siempre. Si la historia ha de ser una enseñanza, ha de señalar el mal allí donde lo vea. No podemos exigir de Carlo-Magno, cual hoy exigiríamos con derecho, respeto á las creencias de los vencidos, falsas sí, pero sinceras: el mártir cristiano en medio de los más horribles tormentos aún encontraba en su fervor y entusiasmo, mil veces dignos de admiración y respeto, fuerza bastante para escupir á los dioses que adoraba el paganismo. ¡Qué mucho que un guerrero les redujera á palos con su espada! Tampoco haremos un cargo al genuino representante del Imperio por aquella su extraña manera de evangelizar, no; porque aquellas guerras son en cuanto á su objeto un título legítimo de gloria para Carlos, no sólo en razón que eran una necesidad para la marcha de la civilización cristiana, sino por cuanto que ellas convirtieron en pueblos relativamente cultos aquellos que vivían en la barbarie. ¿Y es lícito en nombre de los intereses de la civilización intervenir de un modo violento en la vida de un pueblo, y hasta amenazar su existencia como autónomo é independiente? Cuestión delicadísima es ésta, y que entra en órdenes de estudios que no es propio tratemos aquí; pero desde el punto de vista que nos es dado, no vacilamos en declarar que, en nuestro modo de ver, *nunca* tal intervención es lícita cuando se halla manera de influir de algún modo en el desarrollo de su cultura por medios pacíficos y en el campo de la difusión de las ideas.

Ahora bien: esta reciprocidad de influencias ¿era posible entre la civilización cristiana y pueblos como el sajón? No: luego está justificada también bajo este respecto la guerra desde que siempre es la barbarie un peligro para toda sociedad. Pero el cumplimiento de una misión civilizadora, ¿justifica la ferocidad, el incendio y la ruina y la decapitación, en un solo día y con serenidad de ánimo, de 4.500 hombres? Creemos que no. Estos actos tienen explicación, pero no excusa.

En cuanto á las guerras de Italia y España, fueron ocasionadas por la necesidad política, en especial las primeras, que terminaron con la ruina de la monarquía lombarda, y la de contrarestar el espíritu de conquista de los árabes.

¡Triste necesidad la que conduce al hombre á faltar á su destino en la tierra, que es el desarrollo natural y legitimo de los elementos que nos le presentan como tal hombre! Indicio seguro de nuestro imperfecto estado, pero indicio en cuyo proceso histórico hallamos—si no hacemos de lo particular, bajo todos aspectos limitado, ley general con aparente, sólida; verdadera base—claro testimonio, en el orden de la realidad á que nos referimos, de su marcha,—á traves de la continua novacion de estados,—de lo inorgánico é individual á lo orgánico y fundado, cada vez en conceptos más generales, sin menoscabo, empero, de sus opuestos en lo que tienen de racional y absoluto, como lo uno no desdice, sino por el contrario afirma, lo vario.

Sí, vemos con claridad este movimiento; y en el terreno de los hechos, en la esfera que más particularmente nos ocupa, intactos pasos vacilantes acogidos con fria indiferencia ó con la burla necia ó escéptica por muchos; pero que son de gran significacion y trascendencia, puesto que ellos hacen latir al compas de un mismo sentimiento millares de corazones generosos.

III

Las turbulencias que continuamente desgarraban á Roma, hicieron necesaria la intervencion de Cárlos, quien falló como juez en favor del pontífice Leon III, contra los sobrinos de Adriano.

«El santo dia de la Natividad del Señor, al levantarse, durante la misa de su oracion ante el altar del bienaventurado apóstol Pedro, el Papa le colocó una corona sobre la cabeza, y todo el pueblo romano exclamó: «Á Cárlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, vida y victoria!.. »El Pontífice ese prosternó ante él, siguiendo la costumbre establecida por los antiguos emperadores, y lo ungió con el óleo santo, así como al rey su muy excelente hijo.» (Eginhardo.)

Por este acto se dió el nombre á lo que ya existia como imperio de Occidente; pagaron

los papas la deuda de gratitud que tenían para con los Carlovingios, y al revestir á aquella alta dignidad de todo el prestigio de la consagracion religiosa, se crearon relaciones entre ambas potestades, de las que habian de surgir importantísimas consecuencias.

El poder civil prestó toda su accion á la defensa de los intereses que representaba la Comunion romana, y reciprocamente vióse revestido de facultades de intervencion en su direccion y organismo. Cárlos hace añadir al símbolo de Nicea, en el concilio de Aix-la-Chapelle, las palabras *filioque* al *qui ex patre procedit*. (Chev.) Pero no siempre se conservó por la potestad civil igual estado de armonía ó superioridad con la Iglesia romana. Andando los tiempos, y para bien, en nuestro sentir, de la Europa y de la civilizacion, el punto alrededor del cual se agitaron todo linaje de intereses y de donde partia la impulsión en todos los órdenes, fué el asiento de la suprema jerarquía religiosa. Pero el imperio, en realidad, habia desaparecido; el feudalismo amenazaba sumir al Occidente en la barbarie, y los reyes apenas tenían el aparato exterior del mando. Sólo habia, que pudiera dar tono al trono vacilante, y contener las ambiciones—no moderadas por la razon—de aquella multitud de pequeños soberanos, el influjo de los representantes de lo sobrenatural y divino. La Iglesia católica, cumpliendo la ley de su existencia, salvó á la sociedad de la Edad Media. Que hubo tal vez mucho de exageracion en las pretensiones de los que representaron aquel movimiento necesario, que su poder se empleó tanto como en mantener el sentimiento aquel que prestaba cohesion y fuerza en amontonar privilegio sobre privilegio, riqueza sobre riqueza, la historia en todas sus páginas, y hasta la tierra que pisamos nos lo atestigua; que lo que por circunstancias históricas se explica y justifica, y en ellas tan sólo se funda, en oposicion al racional organismo social, ha querido convertirse en el *desideratum* y última palabra—edificando lo absoluto y eterno sobre lo que es, en cuanto relacion humana, naturalmente mudable y evolutivo,—es muy cierto tambien. Pero ¿qué obra por hombres llevada á cabo podrá eximirse del sello con que la marcan nuestras limitaciones é imperfeccion? Podríamos citar la historia de esas grandes y saludables crisis de pueblos y de sociedades. ¡Por cuánto crimen no se hallan manchadas! ¿Y dejaremos

por eso de adorar esa *vox Dei* que las anima, y de reconocer la bondad de sus obras, si quiera para producirlas hayamos regado la tierra de nuestra sangre y de nuestras lágrimas?

La confirmacion que en 774 hace Carlo-Magno de los Estados cedidos por su padre, vigoriza la soberanía terrenal de los Pontífices, de cuya importantísima obra, más tarde ratificada por Oton el Grande, son en realidad Pepino y Carlo-Magno los fundadores. ¿Fué provechosa esta soberanía para los intereses de la sociedad? En cuanto que sirvió á preservar la Iglesia de las influencias exteriores que pudieran perturbarla en su interior desenvolvimiento y en la tarea de fundar la asociacion y una fuerte unidad por medio de la unidad religiosa, aunque ésta fuera fundada y conservada en gran parte por medios de coaccion y de fuerza, creemos que fué no sólo provechosa, sino tambien necesaria. Merced á su influjo, el arabismo no se sobrepuso á la civilizacion cristiana; y el caos de enemigas sectas al dogma católico. Convierte sin duda el solio pontificio en objetivo de las ambiciones desenfrenadas que ensangrentaron las calles de Roma; pero revístelo de un carácter cosmopolita, pues despojado de vasallaje á potencia alguna el pequeño Estado romano, de las extremidades del orbe católico se le veia, más que como nacionalidad independiente, con el carácter amplio y universal de la Iglesia. Este punto central colocado sobre todos los diferentes pueblos occidentales, abrazándolos por vínculos espirituales y terrenos, habia de ser la representacion de esa comunidad, de esa superior asociacion humana dentro de cuya esfera habrán de cumplirse en el porvenir todos los fines humanos, y cuya idea hallamos más ó ménos perceptiblemente expresada, en todo tiempo.

Aquella entidad cuya formacion justificaron mil condiciones históricas, y que como vemos tan feliz influjo ejerció en un tiempo determinado y ante un peligro inminente, ha desaparecido. Una porcion terrestre y grupo humano cuya particularidad señalada está claramente por la naturaleza que la circundó de mares y de picos inaccesibles, y por multitud de afinidades de carácter y de generacion, en su tarea de integrarse y tender á la composicion de un todo armónico exterior é interiormente, la abrazó en su organismo político, como la abrazara siempre en la material extension de su territorio. La vo-

luntad de aquel miembro social largo tiempo regido por quienes en grado superior ó inferior se hallaban influidos por intereses mucho más comprensivos que los propios de dicho gobierno, á lo que se debe atribuir en gran parte la desatencion en que éstos se encontraban, puesta de manifiesto por sus naturales y racionales medios, no empero libres de error y desviacion, ha pronunciado en este importante asunto de una manera acorde con sus propios intereses y los totales humanos que sólo se realizan por la asociacion de fuerzas distintas, unidas y completándose en esferas ú organismos naturales y por la propia naturaleza determinados.

Carlo-Magno contribuye poderosamente á la difusion del Cristianismo por Europa, mediante la conquista; otorga privilegios al clero; asegura la percepcion del diezmo en sus dominios, haciéndolo obligatorio so pena de excomunion á los pueblos conquistados; robustece y extiende la jurisdiccion canónica; coopera á la fundacion del Instituto de los Canónigos, y á su iniciativa se debe la reforma de los monasterios, segun la regla de San Benito de Aniano. Tiene en cambio autoridad en los Concilios y decisiva influencia en Roma. «Los artículos de sus capitulares tanto eran cánones de Concilios como ordenanzas administrativas.» (Chev.)

Pero la Santa Sede, que habia ungido sus sienes con el Óleo Santo y lo habia proclamado emperador de Occidente, cobraba tambien alta importancia frente al poder del Imperio. Desde Carlo-Magno, el poder papal adquiere nuevo vigor; más tarde, sus legados en todas las naciones representan fielmente sus tendencias; hasta que en el período de su apogeo, en la segunda mitad de la Edad Media, los pueblos del Occidente de Europa forman, en cuanto á lo que toca á los intereses de la Iglesia, y entónces todo á ellos se refiere, un haz fuertemente enlazado. Y la palabra de los Pontífices conmueve los Estados y hace vacilar la diadema en la frente de los emperadores.

EDUARDO SAINZ Y ESCARTIN.

Concluirá.

EL ÑAÑIGO

«DIABLITO — El negro vestido ridículamente á modo de mamarracho ó arlequin, que el día de Reyes anda por las calles con su «cabildo», dando brincos y haciendo piruetas. Dícenle también «ñanguio, ñañigo ó ñandigo». «Arrastrados» llaman en la Habana á los mismos (criollos regularmente) que van haciendo sus piruetas y otros movimientos arrastrándose» (1).

PICHARDO: «Diccionario provincial de voces cubanas», Habana.

I

Entre el negro africano (congo, carabalí, macuá, lucumí, gangá, etc.) y el criollo, muéstrase la diferencia de un modo relevante.

El primero, arrancado de su terruño, conserva despierto y encendido el doloroso recuerdo de su país, y le consagra culto apasionado y devotísimo; por eso de su espíritu lo último que desaparece es la memoria resignada y melancólica de la patria. Pero este honrado sentimiento nace, más que del afecto patriótico, dicho sea sin paradoja, de las idolatrías religiosas, que, practicadas desde la infancia, constituyen como una segunda naturaleza del negro africano. Llega á la isla de Cuba, y allí recibe el agua bautismal que le abre la puerta del catolicismo, sin que por esto pueda considerársele como convertido á la religión cristiana: verdad es que reverencia con recogida y solemne veneración á los sacerdotes y cosas eclesiásticas; que se pros-

(1) No obstante la respetable autoridad en la materia del Sr. Pichardo, el nombre más comunmente aplicado al «diablito», criollo, por lo ménos en la Habana, es el de «ñañigo», con que encabezamos el presente artículo. Por otra parte, los «ñañigos» ó «arrastrados» (y este último nombre va cayendo en desuso) son criollos, no regularmente como quiere el Sr. Pichardo, sino en su inmensísima mayoría. Nosotros no hemos visto en la capital de la Grande Antilla un solo negro «de nación» ó «bozal» (africano) en los «cabildos» de los «ñañigos». Estos exigen al negro ó mulato que desea ingresar en la asociación la naturaleza de criollo, ó por lo ménos, y con grandes recomendaciones, una larga residencia en el país.

terna, abrumado de respeto, ante los altares católicos; pero su espíritu, ignorante y fanático, sin inquirir la causa, sin razonar la fe, busca y á veces encuentra en las exterioridades del culto la revelación de las divinidades patrias. Incapaz, por las brumosas supersticiones de su pensamiento, de comprender el racionalismo y espiritualidad de los cristianos dogmas, abre su alma entera á lo sobrenatural, que le subyuga y que mágicamente le fascina. ¿Qué le importa el sentido de la religión de Cristo, si él sólo ve en los esplendores de las ceremonias, en los deslumbramientos del misterio y en el prestigio de lo maravilloso, los fantasmas de sus dioses y las visiones de sus ídolos? De otra parte, imbuido su espíritu en su religión nativa, que reconoce en el soberano ó jefe de la tribu un origen divino ó sobrenatural, y un dominio absolutísimo en los vasallos; entregado, por ende, al despotismo sin tasa del *rey* y del *emganga* ó sacerdote, arraiga en su conciencia y en su corazón su esencialidad de esclavo, sin que nunca le embriague el sueño deleitoso de la libertad. Para él, la libertad es un privilegio concedido por los dioses á los reyes y poderosos.

El negro criollo, que nace entre blancos, en una sociedad desigual, pronto percibe y anota en su conciencia el antagonismo de las dos razas, la engreída superioridad de la blanca, la humillación de la negra, y únicamente descubre en el horizonte la lejanía de una libertad sin derechos y la abyección perpetua de su raza. Nacidos el blanco y el negro bajo el azul de un mismo cielo, niegan los hombres, los hombres civilizados, al negro su libertad, y con la libertad, que es al espíritu lo que el espíritu al cuerpo, como se ha dicho en multitud de formas, la actividad del alma y el empeño humano del perfeccionamiento. ¿Qué queda, pues, en el alma despojada del pobre negro? La imagen del blanco, que se le antoja la divinización de la injusticia, y su propia imagen, que le apremia á todas las venganzas.

Nada aviva y espolea el alma humana con tan aguda excitación como la injusticia, y ninguna más implacable que la esclavitud del hombre consagrada en legítima institución. Pero ¿qué pueden producir las instituciones que rompen la armonía de nuestro ser, como la rompe la servidumbre del negro? ¿Puede nacer el bien, que es un resultado de la humana armonía, del desequilibrio y mutilación del espíritu?

La ignorancia á que se condena al negro, haciendo en él imposibles el cultivo del entendimiento y la educacion de la conciencia (con el bien claro fin de envilecerle), determina la incredulidad del negro en la reparacion que le debe el blanco, la concentracion en su sentimiento de esclavode groseras y enfurecidas pasiones, y el amor voluptuoso á un culto sobrenatural, único refugio del alma; pero culto tambien terrible, como practicado entre los dolores de una víctima poseida de venganzas.

Pues esa desesperacion, esas enhiestas pasiones, esas venganzas coléricas y recrudecidas, esos vuelos de la fantasía á los espacios de lo extraordinario, esa suma total de la esclavitud en Cuba, manifiéstanse, entre los negros criollos, en una especie de hermandad siniestra, en un linaje bárbaro de francmasonería, en los *ñáñigos*.

II

El *ñáñigo*, ante todo, es el verdadero *negro curro*, que presume de elegante y quimerista. Con efecto, y en esto se diferencia de un modo notable del negro *de nacion*, se viste, singularmente en los domingos y demas dias festivos, con una suerte de varonil atildamiento. Pantalón de *dril* blanco que termina en forma de campana; camisa de batista, blanca tambien por lo general y adornada, las más veces, con vuelos rizados en la pechera; zapatos charolados ó de lienzo *en chancletas*; calcetín listado de colores vivos; sombrero de jipijapa, de cortas alas y angosta cinta; pañuelo de seda alrededor de la cintura, de color vistoso... y dentro del pañuelo y bien oculta, la navaja, pequeña como la de un barbero, ó el puñal fino y de buen temple; algunos, desde la infancia, llevan un aro de oro diminuto en una de las orejas, á la usanza mujeril. Así vestido, vanaglorioso, insinuante, requiebra á cuantas negras y mulatas encuentra á su paso, sin poner reparo en ningun rival, y dispuesto con valor y vanidad á *darse cuatro tiritos* (de puñaladas) *con el lucero del alba*. Causa verdadero asombro la sangre fria con que suspende la sabrosa y enardecida plática de amor para pelearse, navaja ó puñal en mano, *sin palucha* (sin fanfarronada), con algun *guapo que le cae pesado*.

Riñe con ferocidad, sin exhalar cobarde queja ó doloroso gemido si sucumbe, y casi siempre el sucumbir es la muerte, y sin te-

ner piedad, si triunfa, de su vencido enemigo. Hábil, terriblemente hábil en la esgrima de la navaja y del puñal, el *jierro* es en su mano un arma mortifera. La agilidad sorprendente de su cuerpo, flexible, elástico, *descoyuntado*, le favorece en gran manera, cuando *se faja* (riñe) con cualquiera: cuando asesta el golpe, cuando *moja el jierro*, hiere, y hiere casi siempre de muerte; pero esquiva las puñaladas hurtando el cuerpo, encorvándole, estirándole de todos modos, con el que llama *salto del gato*. Si son *curros* los dos adversarios, no es cosa rara que ambos rueden por tierra mortalmente heridos. Lo mismo en la calle que en la cárcel, se las echa de jaque, á nada ni á nadie teme, y encuentra su vanidad un placer relampagueante, por decirlo así, en buscar á los *gallos* (matones) más valientes, con el exclusivo intento de provocarlos y batirse á *puñalada limpia* con ellos. *En verbo de negros*, dice, *no hay ninguno que me quite la pajita*; es decir, que ningun negro le tose.

De más está apuntar que el negro curro odia á los *macararás* (el hombre blanco), y por eso es *ñáñigo juramentado*.

El *ñáñigo juramentado* (pues hay negro, y quien dice negro, dice mulato, que entra en la asociacion sin prestar el juramento de odio á la raza blanca, y sólo movido por el afán de hablar el *caló* especial del *ñáñigo*, tomar parte en algunas salvajes ceremonias y *vestir el saco* en el dia de Reyes, esto es, lucir en la indicada festividad el traje singular de *la sociedad*); el *ñáñigo juramentado* tiene por solemne ideal la emancipacion por la victoria brutal de la venganza; por culto, las ceremonias, signos, símbolos, bailes, etc., más extravagantes. Esta secta sombría, ó al ménos fanática y absurda, posee una disciplina rígida y atroz, tradiciones intactas é irreformables, juramentos odiosos, un idioma particular, segun hemos dicho ántes, especie de *caló* con reminiscencias de los dialectos de la Nigricia. El traje típico del *ñáñigo*, que sólo puede vestir públicamente en el dia de Reyes y con mucho recato en el escondido *Cuarto Fambá*, del que enseguida hablaremos, es de difícil descripcion, y suplicamos la benevolencia al lector.

Salvaje, raro, es el espectáculo de los *diabillos* en la Habana el dia 6 de Enero, festividad de la Epifanía; es el único dia de expansion, y casi diríamos de licencia, que se concede á los negros. Grupos numerosos de negros recorren las calles pidiendo *aguinaldo*

á todo el mundo, entrándose en todas las casas, tocando instrumentos de música y de ruido, bailando cada cual á usanza de su país, y vestido de una manera caprichosa. Pero el *diablito* que más llama la atención por sus contorsiones y traje es el ñañigo. Su *cabildo* está formado de innumerables negros y mulatos de ambos sexos que van cantando, si vale la palabra, en su caló y al apasionado y criollísimo son de un tango monótono. El diablillo, ó sea el que *viste el saco*, va en primera línea y en el centro de la misma; su aspecto es el de un espantoso ídolo de un pueblo bárbaro.—Pantalones de paño de uno ó varios colores, ó de *cañamazo*, si el negro es pobre, rematados junto á los talones en dos circunferencias de espesas hilazas; una especie de blusa que, formando un capuchon, le cubre del todo la cabeza y se prolonga por cima de ésta, al modo de un grueso y enorme embutido, algo inclinado hacia adelante; en la parte posterior del capuchon, un sombrero propio para un muñeco; á veces se ve sobre la copa del mismo un espejo chico, un cinturón con campanillas ó cencerros; además lleva en una mano un bastoncillo de media vara, y en la otra un manojo de hierbas, que se conocen con el nombre de *escoba amarga*; con dicho bastón y las hierbas saluda ó demuestra su desagrado. El ñañigo vestido de diablillo no puede hablar, y ha de andar necesariamente descalzo. Lleva á su alrededor, sin estar vestidos de diablitos, dos ó tres ayudantes que le guían, llamados *moruás*, siendo muy considerado entre ellos el que lleva, con sumo respeto, el símbolo de autoridad, ó sea el *Palo Mecombe* ó *Macombe*.

Para formarse exacta idea es menester ver en la Habana un cabildo de ñañigos; pero toda descripción peca de lánguida, y con dificultad se aproxima á lo real.

III

No existe cuadro comparable, ni aun recargado con los colores más sombríos, á una reunión de ñañigos en el templo de sus sesiones, en el *Cuarto Fambá*. Escondido, con la más fina vigilancia, á las miradas *profanas*, prohibida de un modo absoluto á los blancos su entrada en él, el *Cuarto Fambá* está situado, por lo general, en la habitual residencia del jefe de un cabildo. Hay una triste excepción á favor de los blancos que, renegando de su raza, jurando odiarla con juramento terrible, se inician en la asociación; éstos son *blancos sabrosos (negrófilos)* de mal vivir y

hasta de criminal renombre. Dicho se está que seres tan abyectos ponen el más febril empeño en acreditarse como sectarios, con el irritado fanatismo de los perversos y de los apóstatas. Por eso los ñañigos blancos presentan á la consideración de los ñañigos negros, al modo de justo título, la proeza de algún asesinato perpetrado en un hombre de su propia raza.

Ateniéndonos á las noticias que pudimos recoger en la Habana, de los mismos labios de negros curros, damos á continuación un descarnado bosquejo del *Cuarto Fambá* durante la celebración de una de sus sesiones.

En un cuarto ó aposento, según lo indica el nombre, vese en el fondo una imitación de altar, sobre el que está colocado á veces, y por un sarcasmo sin duda, un Crucifijo, y á veces (y esto se acostumbraba más) un garrote muy grueso de caoba, bien torneado, rematado en la extremidad superior por un ancho y luciente puño de plata, y en la inferior por una contera del mismo metal; continúa el puño alrededor del garrote, y sobre poco más ó menos en un palmo de extensión, un cordel negro y muy ceñido. Este garrote es, según hemos manifestado, el *Palo Mecombe* ó *Macombe*, y simboliza la autoridad.

Próximo al Crucifijo ó al referido garrote, hay un gallo blanco, atado y vivo, el cual degüellan los ñañigos para beberse, rabiosos de fruición, la sangre; así juran beber la sangre de los blancos en el suspirado día del definitivo triunfo (1). Ya sobre el propio altar,

(1) Algunos niegan que los ñañigos cometan excesos semejantes, sosteniendo que su asociación no tiene la importancia que se le atribuye, y sólo se propone, como los cabildos de los lucumíes, congos, etc., proporcionarse un solaz inocente en el día de Reyes. Sin abultar nosotros la trascendencia de los ñañigos, y reconociendo de buen grado que entre ellos se cuentan muchos negros honrados y trabajadores que no odian á la raza blanca (éstos son los no juramentados), combatimos la indicada opinión, con argumentos tan sólidos como los siguientes: La dificultad con que obtienen de las autoridades la licencia ó permiso para circular libremente por las calles en la fiesta de la Epifanía, lo que no acontece á los negros africanos.—La escrupulosa vigilancia con que la policía observa y sigue á dichos diablillos.—El terror que se apodera de muchas familias el referido día 6 de Enero, cuando se aproxima un grupo de ñañigos, al extremo de atrancar fuertemente las puertas y retirarse las señoras de las ventanas «para no verlos siquiera», según la frase sacramental; y sobre todo, la obstinación en ellos de no dar á «ningun blanco» franca y abierta explicación acerca de la ceremonia sangrienta del gallo.

ya en las paredes, descúbrese otros objetos, alegóricos unos, simbólicos los más. El *Cuarto Fambá*, si es de noche la sesión, está alumbrado con velas de sebo que arrojan poca claridad; y es el teatro, la escena de ensayo de las ceremonias, contorsiones, bailes, etc. Ningun orden reina en esas ocultas y extrañas reuniones; todos hablan á la vez, en su jerga; pero ¡cosa curiosa! siempre toman algun acuerdo, cuyo secreto no se traspasanta á los *profanos*. ¿Qué resoluciones adoptan? Nadie, sino ellos, lo sabe... Los periódicos suelen dar cuenta de algun suicidio, robo ó asesinato, á los pocos dias de haberse celebrado una sesión de negros curros; pero en honor de la verdad, esto no sucede siempre.

Tratemos ahora, siquiera sea ligeramente, del espíritu fraternal de los ñañigos.

IV

La fraternidad entre ellos no es absoluta ni mucho menos. Cada barrio tiene, por lo bajo, un cabildo con sus jefes y *adeptos*; y puede afirmarse, sin miedo de error, que cada cabildo de un barrio es enemigo mortal de este ó esotro cabildo. El fenómeno, tan plausible (aunque doloroso en sí) para la raza blanca, tiene su natural explicación.

Es requisito esencial para ingresar un negro criollo en la iglesia de los ñañigos, el presentar pruebas incontrovertibles de valor personal y temerario. «El *moreno* (negro) collon, dicen, es como el *macarará de alfañique*, y no sirve para *ponerse el saco*.» Por manera que la entereza de ánimo, el desprecio del peligro, el valor audaz y hasta heroico enaltecen, en alto grado, al que ha mostrado tenerlos. El afán más apremiante del ñañigo es el conquistar cumplidamente la gloriosa popularidad de valeroso y temerario, de *gallo fino que pica hasta lo último*. De esta veheméntísima ansia de predominio y renombre dimana la rivalidad entre los jefes, con sus retos y enemistades, como inmediatas consecuencias. Los jefes, esto es, los más ternes, se miran por encima del hombro y transmiten con eléctrica celeridad á sus respectivos subordinados las antipatías, las envidias y los odios personales. Entónces se declara la guerra entre barrio y barrio ó entre cabildo y cabildo, y se citan y emplazan para la pelea, que, en muchas ocasiones, alcanzan la consideración de una verdadera batalla y el color de la carnicería. Si los agentes de la

autoridad no intervienen de una manera enérgica, los contendientes no abandonan el terreno ínterin sus brazos tengan energía para blandir la navaja ó el puñal.

Esas disensiones continuas y recrudecidas por el más fútil pretexto enflaquecen, como es fácil colegir, el ánimo de los ñañigos para el objeto comun, manteniéndolos por largo tiempo en sus intestinas disputas.

Prescindiendo, para complacer á los optimistas, del odio á los blancos que arde y se encrespa en el corazón de todo negro curro, y concretándonos á las discordias que los dividen y á sus groseras y salvajes ceremonias, podemos asegurar que la impresión producida en el espíritu del hombre civilizado por el espectáculo de los ñañigos, es una impresión hondísima de dolor que tanto apesadumbra á la conciencia y á la dignidad humanas, como despierta con rudo sacudimiento el ideal de la justicia, si no con las conmiseraciones de la sensibilidad, con la altiva serenidad de la razón.

ALFREDO M. MORALES.

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE.

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro primero.

Continuación.

CAPÍTULO XII.

Al día siguiente por la mañana, Mariana se despertó agobiada de tristeza. Se hallaba tan sola que no hubiera querido ver el día; se quedó en cama y lloró. La vieja vino á sentarse á su lado, intentó hablarla, consolarla; pero no agradaba á Mariana cicatrizar tan pronto la herida aún reciente de su corazón. Acercábase el momento que la pobre niña podía considerar como el último de su vida. En efecto, ¿puede uno hallarse en posición más penosa? El amante amado iba á partir, el amante importuno iba á volver; ambos podían encontrarse, y entónces era inevitable una catástrofe.

—Consuélate, alhaja mia, dijo la vieja, y

no me vengas á echar á perder tus bellos ojos. ¿Acaso es, pues, tan gran desgracia el tener dos amantes? Si no puedes dar tu ternura más que al uno, que la gratitud al ménos sea para el otro, quien por la manera de portarse contigo bien merece que se le trate como á amigo.

—Mi amante ha tenido un presentimiento, respondió Mariana llorando: que una separación es inminente; un sueño le ha revelado aquello que procurábamos ocultarle. Dormía á mi lado; de repente oigo exhalar gemidos inarticulados. Asustada, le despierto. ¡Ah! ¡Con qué amor, con qué ternura, con qué ardor me enlaza! «¡Oh Mariana! exclamó. Acabas de arrancarme á espantosa vision! ¡Te agradezco que me hayas sacado de ese infierno! Soñaba, continuó él, que me hallaba separado de tí, en una comarca desconocida; pero tu imagen revoloteaba ante mi vista; te veía en una risueña colina, iluminada de lleno por el sol; tú te dirigiste á mí, toda seductora; mas presto tu imagen pareció hundirse y más hundirse; yo tendía los brazos hacia tí, pero el espacio que nos separaba era muy grande. Tú continuabas descendiendo hacia un gran lago, ó más bien hacia un inmenso pantano que empezaba al pié de la colina. De repente un hombre te dió la mano; procuraba, no levantarte, sino atraerte hacia sí. Yo grité, esperando advertirte los peligros, pues que yo no podía alcanzarte. Si quería andar, sentíame arraigado al suelo, y cuando conseguía dar algunos pasos, el agua me detenía y mis gritos morían en mi oprimido pecho!» Hé ahí lo que el desgraciado me contaba, reponiéndose de sus temores con mis abrazos, y felicitándose por haber sido sacado de su horrible sueño con la más dulce de las realidades.

La vieja agotó todos los recursos de su prosa para llevar la poesía de Mariana al terreno de la vida real; semejante al pajarero que para atraer las víctimas aladas al lazo que les tiende, imita sus cantos y sus gritos, hizo con énfasis el elogio de Guillermo, de su talante, de sus ojos, de su amor. La pobre niña la escuchó placentera, se levantó, se hizo vestir y pareció más tranquila.

—Hija mia, querida mia, continuó la vieja, no quiero engañarte ni apesadumbrarte; en lo ménos que yo pienso es en arrebatarte tu dicha; ¿es posible que desconozcas mis propósitos? ¿Has dado al olvido que siempre he hecho por tí más que para mí? Dime solamente lo que quieres, lo que deseas, y

haré cuanto esté en mi mano por satisfacerle.

—¿Y qué puedo yo desear? replicó Mariana. Soy miserable, miserable para toda la vida; le amo, me ama, veo que es preciso separarme de él, y desconozco cómo sobreviviré á esta pérdida. Norberg llega, él, á quien debemos nuestra existencia y de quien no podemos prescindir; los recursos de Guillermo son limitados, nada puede en mi obsequio.

—¡Ay de mí! Eso es demasiado cierto, respondió la vieja; está en la categoría de los amantes que no tienen que ofrecer más que su corazón, y por desgracia esos son los más exigentes.

—No te burles. El infortunado quiere abandonar la casa paterna y buscar fortuna en la carrera dramática á fin de poderme ofrecer su mano.

—¡Ya tenemos entre las dos cuatro manos vacías!

—Por eso no he prometido nada. Decide, empújame á un lado ú otro; sabe solamente esto: llevó en el seno un gaje que debe ligarme aún más á Guillermo. Piensa en ello, y responde: ¿á quién debo abandonar, á quién debo seguir?

Bárbara replicó despues de un momento de silencio:

—Los jóvenes nunca ven más que los medios extremos. Nada más sencillo y más natural encuentro yo que el combinar todo aquello que proporciona la utilidad y el placer. Amar al uno; el otro pagará: sólo tenemos que arreglarnos de manera que les impidamos que se vean.

—Obra como gustes; no puedo pensar, pero obedeceré.

—Tenemos la ventaja de poder pretextar la manía de nuestro director, que se alaba de las buenas costumbres de su compañía. Por esto mismo, tus dos amantes están ya acostumbrados al misterio y á la circunspección. Yo arreglaré las horas y las citas; tú no tendrás más que desempeñar los papeles que yo te indique. ¿Quién sabe si las mismas circunstancias nos ayudarán? Norberg llegará tal vez mientras Guillermo esté lejano. ¿Quién te impide pensar en el uno en brazos del otro? Te deseo fortuna para tu hijo; le es necesario un padre rico.

Estos consejos no podían consolar enteramente á Mariana; le era imposible armonizar su posición con sus sentimientos y con sus convicciones. Quería olvidar estas

desgraciadas relaciones, pero mil insignificantes nonadas se las recordaban sin cesar.

CAPÍTULO XIII.

Guillermo habia terminado su corto viaje. El mercader cerca del cual se le habia enviado, no se encontraba en su casa, y entregó á su mujer la carta de que era portador. Ella la leyó apénas, y sólo respondió vagamente á sus preguntas; tenía el aire abatido y embarazado; toda la casa parecia en consternación. Despues de algunas vacilaciones confió á nuestro héroe la causa de su pesar, que por lo demas, ya no era un misterio para nadie. La hija de su marido acababa de escaparse con un actor de una compañía de la lengua, de la que se habia separado hacia poco para establecerse en la pequeña ciudad, donde hallaba medios de subsistencia dando lecciones de lengua francesa. En el primer momento de desesperacion y de cólera, el padre de la jóven habia ido á suplicar al bailío que mandara perseguir á los fugitivos. Investivaba á la jóven, estallaba en imprecaciones contra el raptor, se lamentaba largamente de la vergüenza que este crimen iba á lanzar sobre la familia. Guillermo se sentia turbado, porque oia que él y sus proyectos eran reprendidos por aquella sibila, cuyas palabras eran proféticas para él. Aún tomó más participacion en el dolor del padre, que volvió de casa del bailío, y refirió brevemente, tranquilo y triste, á su mujer el resultado de sus pasos, reconoció con la vista la carta de su comitente, mandó traer el caballo pedido, sin poder ocultar sus lágrimas y su profundo dolor.

Guillermo se dispuso en seguida á montar á caballo y á abandonar á una familia donde tan á disgusto se encontraba; pero aquel buen hombre no quiso dejar partir al hijo de una casa á que tan obligado estaba sin festejarle y detenerle una noche bajo su techo.

La comida fué triste, la noche agitada. Al dia siguiente por la mañana, muy temprano, se apresuró á abandonar á aquellas gentes que, sin saberlo, le habian torturado con el relato de su desgracia.

Seguia el camino al paso de su caballo, cuando apercibió de repente en un campo un tropel de hombres armados, en quienes por sus largos capotes, amplias bocamangas, sombreros informes, fusiles groseros y continuamente perezoso, reconoció un destacamento

de milicia ciudadana. Llegados bajo un gran roble se detuvieron, dejaron sus armas y se tendieron á la sombra á fumar una pipa; Guillermo se dirigió á ellos, y al mismo tiempo otro jóven que pasaba á caballo se puso á hablar con ellos. Oyó referir la historia de los fugitivos, que conocia sobradamente, á la cual añadieron detalles tan poco honrosos para los jóvenes como para sus padres. Supo que se habian presentado allí para recibir á la jóven pareja, que habia sido detenida en un canton vecino.

Al cabo de algunos instantes se vió aparecer en la carretera una carreta escoltada de más ridículo que terrible modo. Un grueso escribano, que iba á la cabeza del cortejo, se acercó al jóven á caballo con quien Guillermo acababa de hablar, y que era el escribano de la bailía de la pequeña ciudad. Al abordar á su colega en el limite de ambas jurisdicciones, el grueso escribano llenó las singulares formalidades prescritas para la entrega de los prisioneros de una manera tan escrupulosa como rara, que hubiera podido hacer que se tomara á aquellos dos hombres al uno por un espíritu y al otro por un mago, que, colocados ambos en la orilla de su círculo de actividad, se entregaban á alguna operacion sobrenatural y peligrosa. Mientras tanto, sólo la carreta ocupaba la atencion de los testigos de esta escena, que no podian negar su conmiseracion á los jóvenes prisioneros. Sentados juntos, cada uno sobre un haz de paja, se miraban con ternura, fijando apénas su atencion en los espectadores. Habíanse visto obligados á hacerles viajar desde la última aldea de esta manera incómoda, por haberse roto el viejo coche en donde habian traído á la hermosa. Ella habia suplicado entónces que la llevaran al lado de su amante, que hasta entónces habia seguido el coche á pié y cargado de cadenas como un criminal. Estas cadenas hacian más interesante aún el aspecto de la tierna pareja, sobre todo cuando el jóven las levantaba con trabajo para besar la mano de su adorada.

—Muy desgraciados somos, exclamó ella dirigiéndose á los asistentes; pero no tan culpables como puede que creais. Hombres crueles, nos castigan por un amor constante; nuestros padres, enteramente indiferentes á la felicidad de sus hijos, me arrancan violentamente á estas alegrías que me llegaban en medio de los largos y tristes dias de mi juventud!

Habiendo terminado sus formalidades los agentes de justicia, se puso nuevamente en marcha la carreta, y Guillermo partió al galope por un sendero, pues el interés que sentía por estos amantes le dió deseos de hablar con el bailío ántes de su llegada.

Apénas habia echado pié á tierra en la puerta de la bailía, donde todo estaba en conmocion, cuando se le unió el escribano, entró con él en la sala de audiencia y le cortó la palabra; hizo el relato de lo que acababa de suceder, y sobre todo el elogio de su caballo, que habia comprado la víspera á un judío chalan.

Algunos instantes despues introdujeron á los acusados, que por su órden habian entrado por una puerta excusada y hecho pasar por el jardin, inaccesible al público. Guillermo felicitó sinceramente al escribano por esta medida, aunque no hubiera tomado esta precaucion sino para burlar á la poblacion privándola del placer de estar presente á la humillacion de la hija de uno de los principales habitantes de la ciudad. El bailío, que tenia una repugnancia invencible á los casos extraordinarios, porque le hacian cometer siempre algunos errores que le ganaban agrias reprimendas de parte de la justicia superior, entró suspirando en la sala de audiencia, adonde algunos ciudadanos notables, el escribano y Guillermo le siguieron.

La jóven compareció la primera; entró sin descaro, pero con aire confiado y consciente de su valor. Su traje y su continente denotaban una persona que se respeta. Sin esperar á que se la interrogara, dió una explicacion bastante decente de su conducta. El escribano la impuso silencio, mojó su pluma en el tintero y la tuvo suspendida sobre una inmensa hoja de papel. El bailío hizo intencion, miró al escribano, tosió y preguntó á la acusada su nombre y su edad.

—Dispensadme, señor, le dijo ella, si encuentro vuestra pregunta tan inútil como extraordinaria. Conoceis perfectamente mi nombre y sabeis que he nacido en el mismo dia que vuestro hijo mayor. Lo que querais saber de mí y lo que es preciso que sepais, voy á deciroslo de grado y sin rodeos.

Desde que mi padre se ha vuelto á casar, he sido desgraciada constantemente en mi casa; varios matrimonios decentes se han presentado para mí, y mi madrastra los ha deshecho por evitarse el canastillo de boda que hubiera sido preciso darme. He conocido al jóven Melina, le he amado, y previendo

los obstáculos que hubieran impedido nuestra union, hemos resuelto buscar léjos de mi familia una felicidad que sabia estaba decidida á negarme. No me he llevado más que lo que me pertenece personalmente, no nos hemos escapado como ladrones ó malhechores, y nada ha hecho Melina para merecer la cadena de que le han cargado. El príncipe es justo, y no aprobará esta severidad. Si debemos ser castigados, no debemos serlo de esta manera.

Este discurso dobló y triplicó la perplejidad del bailío; ya veia cernerse sobre su cabeza lindas reprimendas. La volubilidad de la jóven habia deshecho el plan de su protocolo. Lo que colmó su confusion, fué que la jóven se negó terminantemente á responder á las preguntas que la dirigió con arreglo á las fórmulas de la justicia, y declaró limitarse á lo que acababa de exponer.

—No soy una criminal, exclamó; nos han conducido aquí vergonzosamente sobre un haz de paja; pero hay un tribunal superior que nos vengará de esta afrenta.

El escribano, que habia trasladado todas estas palabras al papel, apuntó al bailío que continuase el interrogatorio y que más tarde se hallaria el medio de redactar un protocolo en regla. Esta advertencia le devolvió alguna presencia de ánimo, poniéndose á sondear los dulces secretos del amor con las duras y caprichosas fórmulas judiciales.

Este procedimiento sonrojó á Guillermo é hizo asomar á las mejillas de la bella culpable el carmin del pudor. Ella se calló; balbuceó luégo, como si las circunstancias parecieran excitar su valor:

—Estad seguros, exclamó, de que hubiera sido bastante fuerte para confesar la verdad, si esta confesion sólo á mí me comprometiera. ¿Tendria que sonrojarme por un acto con el que me honro? Desde el dia en que he adquirido la certeza de la sinceridad de Melina, he hecho de él mi esposo, le he concedido voluntariamente aquello que el amor demanda y que un corazon amante no puede negar. Ahora haced de mí lo que gustéis, y si mi franqueza no ha sido más espontánea, es porque temo que mi confesion traiga consecuencias peligrosas para mi amante: ésta es la única razon.

Esta confesion dió á Guillermo alto concepto del carácter de la jóven; pero los miembros del tribunal no vieron ya en ella más que á una desvergonzada, y en silencio dieron gracias al cielo de no tener semejante

Criatura en su familia, ó de haber podido al ménos ocultarla al público.

Guillermo, en este momento, colocaba á su Mariana ante el tribunal, ponía en sus sabios palabras aún más hermosas, prestábale más apasionada sinceridad, confesión más noble. Por ello se prometió convertirse en protector de esta pareja interesante. Después de haber confiado este designio el bailío, le suplicó que pusiera término á un interrogatorio inútil, puesto que nada quedaba que saber acerca de la situación de los culpables. Este paso tuvo éxito, y la acusada recibió permiso para retirarse; su amante, á quien habían desembarazado de sus cadenas á la puerta del aposento, pareció á su vez. Tenía el aire más preocupado con su suerte, sus respuestas eran más moderadas, y si no mostraba la franqueza exaltada de su cómplice, se distinguía por la prudencia y lógica de sus réplicas. Cuando se terminó este interrogatorio, que concordaba con el precedente, excepto que él negaba obstinadamente, para salvar á la jóven, lo que ella misma había confesado, se la hizo entrar, y la lucha de abnegación que se entabló entonces entre ambos jóvenes acabó de ganarles el corazón de nuestro héroe. Aquello que sólo sucede habitualmente en las novelas y en las comedias, tenía ante sus ojos, en la barra de un tribunal ínfimo: los fervores de una generosidad recíproca, y la energía del amor en la desgracia.

Es, pues, cierto cierto que la ternura tímida que, teniendo los esplendores del pleno día y las miradas indiscretas de los hombres, oculta su felicidad á la sombra del misterio, cuando las circunstancias lo exigen es más fuerte y más animosa que las pasiones exaltadas.

Con gran satisfacción de nuestro héroe, el interrogatorio no se prolongó más, y los dos jóvenes fueron aposentados con bastante decencia. Hubiera querido, en el propio instante, volver á la jóven á casa de sus padres, y hacerlos consentir en su unión con Melina. Pidió permiso al bailío para hablar al jóven sin testigos, lo que se le concedió sin dificultad.

CAPÍTULO XIV.

La conversación de los jóvenes no tardó en hacerse íntima y animada. La oferta generosa de Guillermo de usar de toda la influencia que su posición le daba sobre el pa-

dre de la jóven, á fin de provocar una reconciliación completa, reanimó el abatido valor del prisionero; se sentía de nuevo libre, reconciliado con los padres de su amada, hablaba de sus medios futuros de existencia.

—Me parece, dijo Guillermo, que podeis estar perfectamente tranquilo sobre ese particular. La naturaleza os ha destinado á ambos para hallar recursos tan gloriosos como lucrativos en el estado que habeis elegido. Exterior agradable, timbre de voz agradable, alma sensible: ¿pueden hallarse actores mejor dotados? Si puedo servirlos con alguna recomendación, me consideraré feliz con prestaros este servicio.

—Os lo agradezco de todo corazón, respondió Melina; no me aprovecharé de vuestras bondades, porque tengo intención de no volver á entrar en el teatro.

—Haceis mal, respondió Guillermo repeniéndose apenas de su sorpresa, porque estaba persuadido de que una vez en libertad con su mujer, el actor volvería enseguida á la escena. Esto le parecía tan inevitable y tan natural como ver á la rana buscar el agua.

—Sí, replicó el otro, he resuelto no volver más al teatro; me conceptuaria dichoso si pudiera obtener un modesto empleo en cualquiera administración.

—Hé ahí un singular deseo que no podré aprobar, en primer lugar porque nunca es razonable el cambiar de carrera sin razón superior, y, sobre todo, porque no la hay más seductora y feliz que la de actor.

—Bien se ve que no lo habeis sido nunca, respondió Melina.

—Mi querido señor, como el hombre está raramente contento con su estado, desea siempre el de su vecino, que también se queja del suyo.

—Entre lo malo y lo peor, existe, sin embargo, una diferencia. La experiencia, y no la inquietud, es la que me hace obrar. ¿Existe en la tierra un pedazo de pan más amargo, más incierto, más penoso? Tanto valdría mendigar de puerta en puerta. ¿Qué no hay que sufrir de la envidia de sus camaradas, de la avaricia del director y de los caprichos del público! En verdad que se necesitaría tener la piel del oso que, amarrado con cadenas, acompañado de perros y monos, estimulado por los palos, baila al son de la gaita, para divertir al populacho y á los pilluelos de las calles.

—No faltaban á Guillermo argumentos con

los que no quería agobiarle, y Melina continuó, de este modo, haciendo la enumeración de todos los sinsabores del teatro:

—¿No es vergonzoso ver obligado á un director á arrojarse á los piés de todo Consejo municipal para obtener el permiso de hacer circular durante la feria algunos ochavos más en una miserable aldea? Con mucha frecuencia he compadecido al nuestro, que era un bravo sujeto, y le he perdonado por eso más de un disgusto que me haya causado. Un buen actor suscita pretensiones exageradas, mientras que no es posible desembarazarse de uno malo. Cuando quiere poner en relación la entrada con los gastos, el público encuentra los asientos demasiado caros, la sala se queda vacía, y para no arruinarse enteramente, es preciso representar, avergonzados y hambrientos. ¡Ay de mí! Mi buen señor, puesto que os interesais por mí, hablad presto á los padres de mi amiga. Que me establezcan aquí, que me obtengan un empleo de comisionado ó un pequeño sueldo, y seré el más feliz del mundo.

Después de cambiar todavía algunas palabras, Guillermo le dejó, prometiéndole presentarse al día siguiente por la mañana en casa de los padres, y ver qué se podía obtener de ellos. Así que se halló solo, descargó con estas exclamaciones su oprimido pecho:

—Desgraciado Melina, no es en tu profesión, sino en tí mismo, donde estriba esa miseria que tú no puedes dominar. El imprudente que se consagra sin vocación á una profesión ó á un oficio, no puede y no debe hallar en él más que desgracias y sufrimientos. Pero el que ha nacido con una especialidad y para una especialidad, hallará en él la más bella de las existencias. En el mundo nada hay exento de dificultades; la voluntad activa, la ocasión, el amor, nos ayudan á dominar los obstáculos, nos abren el camino y nos hacen salir del círculo estrecho en donde tan miserablemente bregan los demás. Para tí, Melina, las tablas no son más que tablas; tú aprendes tus papeles como el escolar su lección, y ves al público como éste se ve á sí propio en los días de trabajo; deseas sentarte ante un bufete para trazar columnas, registrar las entradas y los alcances. Tú no tienes el sentimiento de ese todo completo y condensado que sólo el espíritu crea, comprende y ejecuta. Tú no sabes que cada hombre lleva en sí una chispa sagrada que, si no es alimentada ni avivada, se entierra día tras día bajo la ceniza de la necesidad ó

de la indiferencia, sin apagarse nunca, sin embargo. Tú no sientes en tu alma fuerza que la haga brotar hecha llama; tú no tienes en tu corazón la riqueza que debiera alimentarla. El hambre te desespera, las humillaciones te abaten, é ignoras que en toda profesión se encuentra á estos enemigos, que no pueden vencerse más que por la alegría y la igualdad de alma. Bien haces en limitar tu ambición al producto de un trabajo vulgar. ¿Cómo desempeñarías uno que exigiera ánimo y valor? Si el soldado, el hombre de estado, el sacerdote, pensaran y sintieran como tú, hallarían en su profesión los mismos inconvenientes que te hacen desdeñar la tuya. Ha habido hombre desprovisto del sentido de la vida hasta el punto de no ver en la existencia humana más que una nada, que una esencia atómica y miserable. Si tu alma pudiera tomar la imagen de seres activos y pensadores, si un calor vivificante enardeciera tu seno, esa animación salida del corazón, se esparciría por toda tu persona; los sonidos saldrían armoniosos de tu garganta; las palabras saldrían suavemente de tus labios; te sentirías en tí mismo, y hallarías seguramente la ocasión de sentirte en los demás.

Mientras decía esto, nuestro amigo se había desnudado, y se acostó con un sentimiento de íntima satisfacción. Su espíritu componía una novela completa con todo lo que él hubiera hecho, á encontrarse en lugar de Melina. Seductoras ilusiones le transportaron por grados al dominio del sueño, y le entregaron á sus hermanos, á los sueños, que le recibieron en sus brazos y desarrollaron ante él celestes cuadros.

Al día siguiente por la mañana, se levantó temprano y combinó lo que tenía que hacer. Volvióse á casa de los padres de la joven, que se sorprendieron mucho al volver á verle. Explicó sencillamente el motivo de su visita, y encontró menos obstáculos de los que temía. El hecho estaba consumado; si algunos hombres extraordinariamente tercos y rudos prueban á luchar contra un pasado irreparable, y aumentan de este modo las sensibles consecuencias, los hombres cuerdos y prudentes se pliegan á la ley imperiosa de los hechos consumados. El hecho consumado posee una fuerza irresistible en el espíritu de la mayoría, y aquello que parece imposible, una vez que existe, se impone á la generalidad. Presto, pues, se decidió que el Sr. Melina se casaría con la hija; pero la madrastra impuso

por condicion de este casamiento que la jóven no pediria canastilla de boda, y que dejaria ademas, por algunos años, en el comercio de su padre, sin pedir intereses, el pequeño capital que una de sus tias le habia legado. El segundo punto, que consistia en obtener un empleo en la ciudad, halló mayor resistencia; no querian volver á ver á la hija desnaturalizada que, entregándose á un comediante, habia deshonorado á una familia distinguida, aliada en otro tiempo á un subintendente; por lo demas, no habia que esperar que la administracion le confiara un puesto. Acerca de este punto, la resistencia de los padres era invencible; y Guillermo, apesar de todos sus argumentos, se vió obligado á ceder, con gran pesar suyo, porque hallaba á Melina indigno de volver á entrar en la carrera dramática. No se hubiera tomado tanto trabajo en vencer la resistencia de aquellas gentes, á haber conocido sus motivos secretos; el marido amaba á su hija, pero odiaba á Melina, porque su mujer habia puesto en él sus ojos, y su mujer no podia sufrir la presencia de su hijastra, convertida en su rival preferida.

Melina, pues, se vió obligado á buscar inmediatamente despues de su matrimonio una compañía de comediantes para contratarse con su jóven esposa, muy ganosa de ver el mundo y ser vista por él.

GOETHE.

Continuará.

LAS DE CAIN

JUGUETE CÓMICO

ACTO UNICO

Gabinete sencillamente amueblado en casa de los señores de Carratraca. Puertas al fondo y á los lados. A la derecha, en primer término, un armario de libros, cerrado. A la izquierda una consola, sobre la cual habrá un quinqué que ilumine la escena.

ESCENA PRIMERA.

Eduardo. Enseguida Petra.

EDUARDO.

(Entra timidamente por la puerta izquierda del fondo, y bajando al proscenio, mira con inquietud á todos lados.)

No veo á nadie todavía... He venido con demasiada anticipacion.

PETRA.

(Entrando por la izquierda y hablando con alguien que se supone dentro.)

Descuide, usted, señora; en cuanto llegue el pianista, pasará recado. *(Reparando en Eduardo).* Eh? Quién hay aquí?

EDUARDO.

A los piés de usted. *(Algo cortado).* (No, ésta debe ser una criada.) Beso á usted la mano. Indudablemente... he venido algo más pronto de...

PETRA.

(Qué le pasa á este hombre?) Es usted, por casualidad, el pianista que han avisado los señores?

EDUARDO.

El pianista?... *(Aturdido.)* No... Creó que no... Es decir... Yo me llamo...

PETRA.

No sabe usted quién es ni cómo se llama? *(Ay! Si será un ladrón! Pero viene muy elegante... No importa, dicen que los hay muy finos.)*

EDUARDO.

Yo me llamo Eduardo Villanueva. Soy por lo visto el primero que llega al baile de los señores de Carratraca...

PETRA.

(Respiro!) Sí, señor; pero ya no tardarán mucho en ir-llegando los demas convidados.

EDUARDO.

Bien. No importa... Yo volveré... Volveré con mi amigo Sandoval... Le esperaré paseando por el descansillo de la escalera...

PETRA.

Qué ocurrencia! Pues no faltaba más!... Voy á decir á la señora que está usted aquí.

EDUARDO.

No, por Dios!... No le diga usted nada.

PETRA.

Pero...

EDUARDO.

La señora no tiene el honor de conocerme... Mejor dicho, yo soy quien...

PETRA.

Pues si no le conoce á usted...

EDUARDO.

Repito á usted que esperaré en la escalera... paseando... A mí me conviene hacer ejercicio... Volveré. *(No ha dejado de moverse un instante desde el principio de la escena.)*

ESCENA II.

Dichos y Clotilde, que sale por la derecha.

CLOTILDE.

Petra, mamá te llama. Eduardo!

EDUARDO, que se había detenido al oírlo.

Clotilde!

PETRA.

(Pues la señorita sí le conocía!)

ESCENA III.

Clotilde y Eduardo.

EDUARDO.

Clotilde mía! Qué felicidad! Al fin puedo verte á solas!.. Al fin logro entrar en tu casa!.. Pero tengo que dejarte.

CLOTILDE.

Por qué?

EDUARDO.

Hazte cargo... No estando invitado á la reunion de tus papás...

CLOTILDE.

No convinimos ayer en que nuestro comun amigo Perico Sandoval te presentaría?

EDUARDO.

Sí... y habíamos quedado citados aquí á las diez... Él me ofreció tener prevenida á tu mamá... Yo debia preguntar por él ó buscarle en el Suizo... Pero... ya se ve... yo... con la impaciencia y con la... Vuelvo enseguidita, eh?

CLOTILDE.

Pero, por qué has de irte? Una vez que ya estás anunciado...

EDUARDO.

Sin embargo, me parece mejor...

CLOTILDE.

Hoy mismo debes hablar con papá... Le dices que nos hemos conocido en casa de los de Moratilla y... Mientras más pronto acabes de explicarte, mejor.

EDUARDO.

Sí, los malos tragos... Vaya, me voy, Clotildita, me voy...

CLOTILDE.

Pero, hombre, yo misma le diré á papá...

EDUARDO.

No, no; yo me conozco... Me cortaré... No sabré decir nada á derechas... Me pondré en ridículo...

CARRATRACA (dentro).

Está bien, está bien!

TOMO XIV.

CLOTILDE.

Hacia aquí viene papá, precisamente.

EDUARDO.

Sí?... Pues hasta luego, hasta luego. (Vase por la puerta del fondo. Al mismo tiempo sale Carratraca por la derecha, muy grave y pensativo.)

ESCENA IV.

Clotilde y Carratraca.

CLOTILDE.

Muy buenas noches, papaito.

CARRATRACA.

Eh? Buenas noches, hija mia. (Esta noche... el drama.)

CLOTILDE.

(Qué le pasa? Sin duda le tiene preocupado el baile. Como es el primero que damos en celebridad de su ascenso á relator de la Audiencia...)

CARRATRACA.

(Esta noche el trueno gordol)

CLOTILDE.

Ya está todo corriente. Nuestros convidados pueden llegar cuando gusten, y á buen seguro que quedarán satisfechos.

CARRATRACA.

(Ahí está la mecha que debe hacer reventar la mina!) (Señalando el armario.)

CLOTILDE.

Papá!... (Tirándole del brazo.)

CARRATRACA.

Hija mia! (Criatura infeliz!)

CLOTILDE.

A que no sabes lo que me dijo anoche la señora de Moratilla?

CARRATRACA.

Te dijo algo de... (Se sabrá ya mi desgracia?)

CLOTILDE.

Pues me dijo Adela que ya he cumplido diez y ocho años...

CARRATRACA.

Sí; eso ya lo sabíamos en casa.

CLOTILDE.

Y que es menester que vayais pensando en casarme.

CARRATRACA.

Bah! Aún hay tiempo. Treinta años tenía yo cuando me casé por primera vez.

CLOTILDE.

Ya, sí; pero un hombre...

CARRATRACA.

Y cuarenta y cinco cuando reincidí. Hice mal... Hay cosas que debería el hombre pensarlas toda la vida... para no hacerlas nunca.

CLOTILDE.

Pues... volviendo á lo que me dijo Adelita...

CARRATRACA.

El capitan Revuelta no habrá llegado aún?...

CLOTILDE.

No... Quien ha venido es un jóven...

CARRATRACA.

Un jóven?... (Si será él? El capitan es un hombre ducho en materias de honor: él me dirá lo que debo hacer.)

CLOTILDE.

Pero papá, qué te pasa esta noche? Apenas me escuchas.

CARRATRACA.

Sí, hija mia, sí. Me decias que ese pillete... (*Movimiento de Clotilde.*) Ese simpático jóven, quiero decir... Yo llamo pilletes á todos los muchachos que me hacen gracia... Me decias que se llama Pizcueta... Doroteo Pizcueta....

CLOTILDE.

Yo no te he dicho una palabra de eso, papá!

CARRATRACA.

Ah! Tu madrastra... mi excelente esposa. (Disimulemos!)

ESCENA V.

Dichos y Emilia.

EMILIA.

Conque ya estamos todos listos, eh? Ves cómo ha quedado muy bonito el vestido? (*Arreglando algo el prendido á Clotilde y besándola despues.*) Y de mi toilette, no me dice usted nada, caballero?

CARRATRACA.

Qué más me da verte de azul que de amarillo ó encarnado? Lo mismo me fijo yo en tus vestidos que en tus abrigos. (*Mirándola fijamente; ella sostiene su mirada con tranquilidad.*) Ejem! Lo mismo que en tus abrigos, vuelvo á decir.

EMILIA.

No puede pedirse más galantería!

CLOTILDE, que se habia asomado á la puerta del foro.

El Capitan y Concha, mamá.

EMILIA.

Vamos á recibirlos. (Y ese dichoso pianista que no llega!)

CARRATRACA.

Clotilde, di á Revuelta que le espero aquí; que tengo que hablarle. (*Clotilde hace un movimiento afirmativo, y sigue á Emilia por el foro.*)

ESCENA VI.

Carratraca. Despues el Capitan.

CARRATRACA.

Oh! las mujeres! las mujeres!.. Ni siquiera se ha turbado al pronunciar yo la terrible palabra «abrigo». Y sin embargo... Bien, el Capitan me marcará una regla de conducta. Él juzgará la cosa con frialdad... Héle aquí... Mi querido Juan!.. (*Abrazándole.*)

CAPITAN.

Adios, chico; me han dicho que deseabas hablarme...

CARRATRACA.

Sí... Siéntate. (*Se sientan en un canapé.*)

CAPITAN.

Habla.

CARRATRACA.

Es un asunto... un asunto terrible!

CAPITAN.

Un duelo, eh? (*Frotándose las manos.*) Cuenta conmigo para padrino.

CARRATRACA.

No, hombre, no; si no es eso, hasta ahora, al menos.

CAPITAN.

Lo siento. Eso me habria templado un poco... Yo necesito templarme de cuándo en cuándo. Desde que me dejaron de reemplazo me consume la melancolía.

CARRATRACA.

Querido Juan, mi mujer me engaña! (*Despues de una ligera pausa, y cogiéndole las manos.*)

CAPITAN.

Estás loco? (*Levantándose.*)

CARRATRACA.

Te repito que me engaña.

CAPITAN.

Te lo ha dicho ella?

CARRATRACA.

Ella?...

CAPITAN.

Quiero decir, si te lo ha confesado.

CARRATRACA.

Aún no. Yo no he querido decirle absolutamente nada antes de hablar contigo... Escúchame... Anoche, al volver de tu casa, Emilia echó su abrigo sobre ese sillón.

CAPITAN.

Echó su abrigo!... Y qué?

CARRATRACA.

Su abrigo... Una especie de *peplum* rojo que yo no le había visto puesto todavía.

CAPITAN.

Mi mujer tiene otro igual, que le regaló mi suegra el día de su santo. Parece que es lo que llevan ahora...

CARRATRACA.

Esta mañana, cuando salí de mi cuarto, todavía estaba el abrigo sobre el mismo sillón.

CAPITAN.

Es natural; si se quedó allí por la noche...

CARRATRACA.

Pero de uno de sus bolsillos se había caído al suelo una carterita con su correspondiente libro de memorias, en una de cuyas hojas se leía: «Doroteo Pizcueta, calle de Belen...»

CAPITAN.

Pizcueta! Aguarda. Yo tuve un asistente que se llamaba Pizcueta.

CARRATRACA.

Hombre! Y crees posible que sea?...

CAPITAN.

Creo que no, y me fundo en que aquél murió en la primeraguerra civil.

CARRATRACA.

En la cartera había además una carta sin sobre, firmada también «Pizcueta», y que decía: «Iré el martes á las nueve de la noche». —Una cita en mi propia casa y para el baile de confianza que damos hoy!...

CAPITAN.

Hombre!... Hombre!...

CARRATRACA.

Dudas todavía? Las pruebas están en ese armario. Ábrelo y convéncete. (*Dándole una llave.*) Yo voy á vigilar desde aquí para que no nos sorprendan. (*Se va al foro.*)

CAPITAN.

(Vava, vava!.. Emilita! Con aquella cara de mosquita muerta!... Y que estas cosas le han de hacer reír á uno aún cuando se trate del amigo más querido...) (*Mirando compasivamente á Carratraca. Enseguida saca del armario un abrigo de señora, encarnado.*) Voto á mil bombas!

CARRATRACA.

Eh!.. Qué es eso? (*Volviendo la cabeza.*)

CAPITAN.

Nada, nada... (*Reponiéndose.*) (El abrigo de mi mujer! El mismo que yo compré hace pocos días... Aquí están sus iniciales en que ese imbécil no había reparado... Y la cartera?... (*Encontrándola y leyendo.*) «Iré á las nueve de la noche. Pizcueta.» Esto no se puede sufrir! (*Dando una patada en el suelo.*)

CARRATRACA.

Qué te pasa, hombre? (*Volviéndose.*)

CAPITAN.

Qué me ha de pasar? Que no puedo contener mi indignación al ver... al ver lo que te sucede.

CARRATRACA.

Amigo mío! Qué noble corazón!...

CAPITAN.

(*Majadero!*) (*Cerrando el armario donde ha echado el abrigo después de meter la cartera en uno de los bolsillos y guardándose la llave.*)

CARRATRACA.

De modo que ya estarás convencido.

CAPITAN.

Sí, lo estoy... Pero yo sabré impedir...

CARRATRACA.

Qué corazón el tuyo!... qué corazón!

CAPITAN.

Una mujer que yo creía la virtud misma! (*Distraído.*)

CARRATRACA.

Pues, y yo?

CAPITAN.

Una mujer á quien yo colmaba de obsequios y de atenciones!...

CARRATRACA.

(Qué diablos está diciendo?)

CAPITAN.

A quien hice la corte durante dos años!...

CARRATRACA.

Que tú hiciste la corte durante dos años á mi mujer!...

CAPITAN.

(Dejémosle en su error: venguémonos sin caer en ridículo.) Yo me refería á tí; pero yo considero como cosa propia todo lo de mis amigos. Ves que se trata de tu mujer? Pues me parece que se trata de la mía.

CARRATRACA.

Corazon de oro! (*Abrazándole.*) Es verdad! Estás tan conmovido como si se tratase de tu mujer. Pero ten la seguridad de que te lo agradezco en el alma... de que sólo deseo una cosa... Que te ocurra una desgracia como la que me ocurre á mí, y... ya verás! ya verás!

CAPITAN.

Bueno, bueno. Y qué piensas hacer?

CARRATRACA.

Eso precisamente es lo que queria consultarte.

CAPITAN.

Tú no debes batirte.

CARRATRACA.

Crees que yo... no debo... (*Con cierta satisfaccion y respirando libremente.*)

CAPITAN.

Yo no puedo consentir que tú te batas.

CARRATRACA.

Hombre!... Si tú has de llevarlo á mal...

CAPITAN.

Ese trasto merece una leccion, no lo niego.

CARRATRACA.

Sí... hasta cierto punto...

CAPITAN.

Yo se la daré.

CARRATRACA.

Tú!...

CAPITAN.

Tú no te has batido nunca, y para mí un duelo es una bagatela.

CARRATRACA.

Batirte por mí! Eres el *non plus ultra* de los amigos! (*Abrazándole.*)

CAPITAN.

Ademas, esto me templará un poco... Yo necesito de cuándo en cuándo algo que me temple! (*Montando en cólera.*)

CARRATRACA.

Puesto que es gusto tuyo, no te contrario: haz lo que quieras.

CAPITAN.

Silencio. Ahí vienen tu mujer y la mia con Adela y Lucas.

ESCENA VII.

Dichos, Concha, Adela y D. Lucas.

ADELA.

Está bien, señores, está bien: ¿conque hemos de ser nosotras las que busquemos á ustedes?

CARRATRACA.

Mil perdones, Adelita... Me he entretenido hablando con el capitan...

LÚCAS.

Adios, chico. (*Dando la mano á Carratraca.*)

CARRATRACA.

Saludo humildemente al rey de la cirugia.

CONCHA.

Venia á decirte (*al Capitan*) que ya ha comenzado la partida de tresillo.

CAPITAN.

Esta noche no juego al tresillo.

CONCHA.

No?

CAPITAN.

No.

CONCHA.

Te sientes mal? Te duele la cabeza?

CAPITAN. (*Despues de mirarla fijamente.*)

No; pero deseo estar á tu lado el mayor tiempo posible.

CONCHA.

Qué novedad es ésta?

CAPITAN.

(No puedo contener la rabia!)

CONCHA.

(Mi marido amable conmigo! Qué le pasará?)

CAPITAN.

Lucas, tengo que decirte luego dos palabras.

LÚCAS.

Estoy á tus órdenes.

CONCHA.

Pues si quieres venir, en el salon te espero.

CAPITAN.

Soy contigo al instante.

CONCHA.

Vamos, Adela?

ADELA.

Vamos. (*Vanse las dos.*)

ESCENA VIII.

El Capitan y D. Lucas.

LÚCAS.

Ya estamos solos. Qué es lo que tenias que decirme?

CAPITAN.

Ya sabes que en tu doble condicion de amigo y médico de la familia, yo te confío todos mis asuntos.

LÚCAS.

Se trata de alguna operación? De colocar algún aparato?..

CAPITAN.

Se trata de colocar una bala en el cráneo de un caballero.

LÚCAS.

Hombre! Yo... para ese género de operaciones... Si fuese una extracción... Pero introducción...

CAPITAN.

Voy á tener un duelo... Yo necesito templarme de cuándo en cuándo... Tú y Carratraca sereis mis testigos.

LÚCAS.

Ante todo, es preciso que me digas...

CAPITAN.

Es muy justo. Mi mujer me engaña.

LÚCAS.

La capitana?

CAPITAN.

Sin duda. Cuando te digo mi mujer... Yo no tengo treinta y seis mujeres. Con una me sobra!—En el bolsillo del abrigo de mi mujer ha encontrado Carratraca una cartera, y en esa cartera las señas del domicilio de un tal Pizcueta, y una carta firmada con el mismo nombre! La cosa es clara! Carta canta! Y yo mato á ese hombre! Lo mato! Te digo que lo mato! Qué! Serías capaz de dudarlo?

LÚCAS.

No, hombre: qué lo he de dudar? Pero ten calma: procedamos con orden. Tú estás acalorado y... dónde está esa cartera?

CAPITAN.

Toma la llave de ese armario y ábrelo. Todo está ahí dentro. Examínalo á tu gusto. Yo voy á vigilar desde aquí para que no nos sorprendan. (*Yéndose al foro.*)

LÚCAS.

Pobre Juan! Me da rabia reirme de un lance como éste, pero no lo puedo remediar.

CAPITAN.

Has hallado el abrigo? (*Desde el fondo.*)

LÚCAS.

Sí, aquí lo tengo.

CAPITAN.

Busca en el bolsillo.

LÚCAS.

Eso estoy haciendo! Ah! (*Al ver la cartera.*) La cartera que yo compré á mi mujer en los Diamantes Americanos. Y esta carta... Una cita para esta noche!... Dios mío! (*Dejándose caer en un sillón.*)

CAPITAN (*bajando del fondo y cogiendo á Don Lucas el abrigo, que echa con rabia dentro del armario.*)

Qué me dices ahora? Era verdad, ó era mentira?

LÚCAS.

Desdichada! Esa infame me ha engañado.

CAPITAN.

A tí?

LÚCAS.

Yo mataré á ese hombre!... Yo soy quien debe darse aquí por ofendido!

CAPITAN.

Lucas! Explicáte de una vez, o...

LÚCAS.

Tu mujer es inocente; la mia es la culpable.

CAPITAN.

La tuya? Querras sostenerme que este abrigo es de tu mujer?

LÚCAS.

No; pero...

CAPITAN.

Basta! Yo no puedo consentir que, por disculpar á mi mujer, acuses á la tuya, que ha sido siempre la virtud misma.

LÚCAS.

Ha sido, sí, ha sido...

CAPITAN.

Te agradezco la intencion, pero me opongo formalmente á tus deseos. Yo me encargo de dar una leccion á ese títere. Eso me servirá de distraccion. Eso me templará. Nada! Está dicho. Qué hay? (*A Carratraca, viéndole entrar.*)

ESCENA IX.

Dichos, y Carratraca por el fondo.

CARRATRACA.

Nadie, nadie todavía. Acaso no venga.

CAPITAN.

No importa; tenemos su nombre y las señas de su casa. Mañana ireis á verle de mi parte.

LÚCAS.

De modo que estás decido á batirte?

CAPITAN.

No te lo he dicho?

CARRATRACA.

Completamente decidido?

CAPITAN.

Completamente.

LUCAS.

(Batirse por mí!) Eres el mejor de los hombres!

CARRATRACA.

(Batirse en mi lugar!) Eres un caballero!

LUCAS.

Hay algo en el mundo comparable á la amistad?

CAPITAN.

Nada como la amistad! Porque las mujeres...

CARRATRACA.

Oh! Las mujeres!...

LUCAS.

Las mujeres!...

CAPITAN.

Dígalo yo!

CARRATRACA.

Y yo!

LUCAS.

Y yo!

CAPITAN.

Ah! Las vuestras son unos ángeles!

LUCAS.

(Me querrá consolar!) Gracias, amigo mío!
(Apretándole la mano.)

CARRATRACA.

(Quiere animarme!) Gracias, gracias!...
(Idem la idem.)

CAPITAN.

No hay de qué. Excuso recomendaros el mayor silencio.

LUCAS.

Sí; qué necesidad hay de que nadie sepa...

CARRATRACA.

Sí; la ropa sucia debe lavarse en casa...
Mi mujer! (Viendo entrar á Emilia.)

CAPITAN.

Disimulemos!

CARRATRACA.

Disimulemos!

LUCAS.

Disimulemos!

ESCENA X.

Dichos, y Emilia por el fondo.

EMILIA.

Pero, todavía aquí los tres? Es que se han propuesto ustedes pasar aquí toda la noche?

CAPITAN.

En este momento íbamos allá! (Y aunque tenga que preguntar sus nombres á todos los convidados uno por uno, yo sabré dar con el infame Pizcueta!) Vamos?

LUCAS.

Vamos. (Sale con el Capitan por el fondo.)

EMILIA.

Tú no te vas con ellos?

CARRATRACA.

Sí. (Quiere echarme de aquí: no la perderé de vista!) (Se dirige al fondo y desde allí observa.)

ESCENA XI.

Emilia y Carratraca en el fondo. Petra. Después Doroteo.

EMILIA.

Las diez y media. Si ese hombre no viene, qué partido tomar?

PETRA.

Señora! (Entrando por la derecha.)

EMILIA.

Ha llegado al fin?

PETRA.

Sí, señora.

EMILIA.

Gracias á Dios!

CARRATRACA.

(No disimula su alegría!)

PETRA.

Pero... si usted supiese lo que le ha pasado al pobrecillo...

CARRATRACA.

(Dios quiera que sea algo muy gordo!)

PETRA.

Se ha caído del tranvía y viene hecho una lástima.

CARRATRACA.

(Gracias, vehículo vengador!)

EMILIA.

Dónde está?

PETRA.

En la antesala.

EMILIA.

Hazle entrar enseguida.

PETRA.

No quiere entrar.

EMILIA.

Dile que le espero con impaciencia hace más de una hora. (*Vase Petra.*)

CARRATRACA.

(Al fin voy á conocerte, monstruo!)

M. M. DELACOUR Y ROGER.

Concluirá.

MISCELÁNEA

LEYES DE DIVORCIO

EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS Y LOS ACTUALES.

El divorcio existió en Roma en todas épocas, y fué siempre un acto privado. Durante mucho tiempo los romanos no abusaron de él, pero hacia el fin de la República y bajo el Imperio, los divorcios se hicieron muy frecuentes. Séneca hace referencia á este relajamiento de las costumbres; y Juvenal nos presenta un ejemplo notable de una matrona romana, de quien dice que cambió ocho veces de marido en cinco años. Pompeyo se divorció de su mujer Mucia. Ciceron habla de Paula Valeria, como lista á divorciarse con su marido tan luégo como retornara de su provincia; y el mismo Ciceron se divorció de su mujer Terencia despues de haber vivido con ella treinta años. El marido tomaba generalmente las llaves de su mujer, la ponía en la puerta de la calle, le devolvía su dote y disolvía de ese modo el casamiento. Esto podia hacerse en ausencia de la mujer. Ciceron se divorció de Terencia por medio de una carta.

Las leyes respecto al divorcio en los diversos Estados griegos eran diferentes, y en algunos de ellos á los hombres se les permitía deshacerse de sus mujeres por los motivos más leves. Entre los atenienses, tanto el ma-

rido como la mujer podían tomar la iniciativa.

La mujer podía abandonar al marido ó éste despedir á su mujer. Los espartanos raras veces se divorciaban. Los Eforos multaron á Lisandro por haber repudiado á su mujer.

Un árabe puede divorciarse de su esposa por el más leve motivo. Tan fácil y tan común es la costumbre, que Burckhardt asegura que ha visto árabes de no más de cuarenta y cinco años de edad que habían tenido ya cincuenta esposas, aunque raramente tienen más de una mujer á la vez.

Por la ley mahometana un hombre puede divociarse de su mujer oralmente y sin ninguna otra ceremonia; generalmente le paga la tercera parte de su dote. Puede divorciarse de ella dos veces y tomarla de nuevo sin su consentimiento; pero si se deshace de ella por un tercer divorcio, no puede tomarla de nuevo hasta que ella se haya casado y divorciado de otro marido.

Por la ley judía parece que una mujer no podía divorciarse de su marido; pero bajo el código mahometano puede divorciarse de él por crueldad ú otras causas.

Entre los hindúes, y tambien entre los chinos, un marido puede divorciarse de su mujer por la más ligera causa, ó aún sin asignar razon alguna. La mujer está bajo el imperio absoluto de su marido.

La ley de Francia, ántes de la revolucion, segun la idea de la Iglesia católica, tenía el matrimonio por indisoluble; pero durante el primer período revolucionario se permitió el divorcio á voluntad de las partes cuando se alegaba incompatibilidad de caracteres. El Código Napoleon restringió esta libertad. A la restauracion de los Borbones se promulgó una ley, con fecha de 8 de Mayo de 1816, que declaraba abolido el divorcio; que todos los procesos pendientes por divorcio, por causa definida, debían ser sólo por separacion, y que todas las diligencias hechas para conseguir divorcio por mutuo consentimiento, serían nulas; y tal es todavia la ley de Francia.

El poder de los tribunales para otorgar divorcios limitados está bien definido en los Estados-Unidos. Crueldad, trato inhumano y abandono son frecuentes razones para entablar divorcio. Aspereza de carácter, arrebatos de cólera, lenguaje ofensivo, y simples injurias al carácter moral ó reputacion de su esposa, lenguaje vulgar ó rudo, con epíte-

tos que hieren profundamente los sentimientos y excitan las pasiones, sin amenaza alguna que indique violencia á la persona, no son razones suficientes para el divorcio.

Si una mujer «hace intolerable el estado de su marido, é insoportable su vida», ó si su conducta es tan violenta y tan ultrajante que hace imposible el desempeño conveniente de los deberes de la vida marital, es razon suficiente para separarse de ella. Ciertas ofensas ó injurias inferidas por la mujer al marido, no justifican á éste para que la arroje de su casa; debe probar que el trato es muy bárbaro ó cruel, ó que su vida se halla en peligro, para que tenga títulos á separarse de su mujer. La desercion ó el abandono por marido ó mujer es razon para el divorcio; pero el abandono ó la desercion deben ser intencionales, ó voluntarios y maliciosos, con la intencion de renunciar al lazo marital ó desatenderlo. La negativa de una esposa á acompañar al marido á un país extranjero, no es un abandono voluntario. Si un marido se fuera y viviera aparte de su mujer, no es considerado como desercion, segun el sentido de los estatutos de New-Jersey. El no suministrar á su mujer las cosas necesarias y las comodidades, dentro de los límites de los medios del marido, y obligándola por crueldad á separarse de él, equivale á abandono y desercion por parte del marido.

TEATROS.

Ninguna novedad se ha presentado, en la semana que termina, en ninguno de los tres espectáculos de verano más favorecidos del público.

En el Teatro del Príncipe Alfonso continúan las mismas funciones, siendo todas las noches muy aplaudido el hombre mono. Para uno de estos dias está anunciado un baile nuevo de espectáculo.

En el Circo de Price son objeto de una ovacion M. Wainrata y el popular clown Billy Haiden, y aunque diariamente concurre numeroso público, su director presentará en breve otras novedades, con objeto de dar mayor variedad al espectáculo y corresponder al favor del público.

Los amenos Jardines del Retiro están muy agradables y concurridos, especialmente los dias de concierto. Las funciones de teatro no llaman la atencion.

BIBLIOGRAFÍA

Religion y ciencia. Contestacion á la *Historia del conflicto entre la religion y la ciencia*, de J. G. Draper, por el P. Fr. Tomás Cámara, profesor del colegio de Agustinos filipinos de Valladolid.—Un tomo en 4º mayor de 580 páginas, edicion de lujo y encuadernacion en tela á la inglesa. Valladolid, 1878.—Imprenta de Gaviria y Zapatero.

Ensayos jurídicos y literarios, por Luis Miralles. Un tomo en 8º menor, de XIII y 342 páginas. Zaragoza, 1879. Precio 5 pesetas en las principales librerías de España.

Los periódicos de Zaragoza, de cuya Universidad es profesor de derecho el autor de esta obra, dedican grandes elogios á estos estudios de verdadera importancia jurídica y literaria, en los que á la profundidad del raciocinio se hermana una notoria consecuencia de doctrina, muy difícil de conseguir en trabajos de tan diversa índole.

Poesías de Plácido Langle, premiadas en público certámen celebrado por el Ateneo de Almería.—Un folleto en 4º menor, de 60 páginas. Madrid, 1879. English y Gras, editores. Precio, una peseta.

Dos de las poesías que contiene este volumen las conocen ya nuestros lectores, pues las hemos dado á conocer en la REVISTA EUROPEA.

Almanaque hispano-americano para 1880, redactado por D. Pedro María Barrera, con la colaboracion de los principales escritores. Un tomo en 8º de más de 200 páginas.—Madrid, 1879.—Victoriano Suarez, editor.—Precio una peseta.